

LA FORNARINA

CANCIÓNISTA

POR FERNANDO PERIQUET





LA FORNARINA

CANCIONISTA

(SU HISTORIA. 1884-1915)

LA FORNARINA

CANCIONISTA

(SU HISTORIA. 1884-1915)

POR

FERNANDO PERIQUET

MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERIA

FERRAZ, 25

LA FORNARINA

CRONICA

SU HISTORIA

FERNANDO PERIQUET

MADRID.—IMPRESA DE JUAN PUEYO
CALLE DE MESONERO ROMANOS, 34

Á

PEPE DEL HOYO (DHOY)

POPULAR CARICATURISTA

NADIE mejor que tú sabe que, por fortuna, domino siempre mi «hora de escribir». Quiero expresar que sólo me entrego al arte después de estudiar ó sentir lo que intento exteriorizar. Aun así renuncio muchas veces á la publicidad, convencido de que á la mayoría de las gentes no les importa lo que en letras de molde ve la luz. Pregúntales á los editores si tengo ó no razón.

Tal indiferencia se explica en buena parte por la abundancia de preclaros ingenios desventurados que van de Ceca en Meca cambiando cuartillas por pan. La excesiva fecundidad literaria, salvo asombrosas excepciones, nunca infundi6 confianza al público, porque ella revela casi siempre escaso estudio ó débil sentir, y lleva á hablar de lo que no se entiende. Así hay críticos musicales que no

saben solfeo, y pictóricos incapaces de diseñar una silueta; como sé de algún proceresco autor dramático aspirante eterno á Benavente, que ayudado por su mujer y sus hijos, estrena hasta diez obras por temporada. ¡Y así son ellas!

Yo cedo mi puesto en orgullo, en facundia y en popularidad á cuantos escriben, mas no en honradez literaria, y de ahí que sólo por sentir hondamente este libro, lo dé al público.

Á ti te lo dedico porque conoces día por día, cómo fui tirando del hilo de la presente narración, y porque nadie cual tú sabría poner en caricatura á quienes seguramente harán burla de estas páginas, no tan frívolas como parece á primera vista.

EL AUTOR

Madrid, Octubre, 1915.

EL COTILE Y SU SUJETO
LA FORTUNA

PROLOGO

En este libro se trata de la vida y obra de un hombre que ha sido uno de los grandes protagonistas de la historia de España. Su vida ha sido una constante lucha por la libertad y la justicia. Su obra ha sido una constante lucha por la verdad y la belleza. Este libro es un homenaje a su vida y a su obra.

LO QUE FUÉ Y SIGNIFICÓ LA FORNARINA

PARA la posteridad vale tanto la fama como el mérito de los artistas de teatro. Diré más: que sólo la fama puede inmortalizarles. Por ella únicamente viven los nombres de ciertos histriones fallecidos, puesto que subsisten sin pruebas de sus méritos.

Así el nombre de la Fornarina, cancionista, perdurará como el de los más brillantes astros escénicos. Su popularidad no ha sido aventajada por nadie. Para la Fornarina tuvo siempre la Prensa una frase, un recuerdo ó una galantería durante sus trece años de vida artística. Calcúlese lo que esto significa para la posteridad.

No conozco, sin embargo, libro alguno que estudie seriamente á esta excepcional mujer. Su personalidad

frívola y ligera, coincidió con la crónica rápida, superficial, instantánea, de la diaria información.

A primera vista, un libro sobre la Fornarina parece significar algo excesivamente importante. Tal vez se justificara mejor la obra titulándola *La Fornarina y su tiempo*. Pero cualquiera que fuere el título, ¿merece realmente los honores de un libro?

¿Qué fué y qué significa la Fornarina?

Fué una cancionista de maravilloso equilibrio artístico, de gran intuición en los primeros años y rara cultura literaria después. Su voz parda, segura en el registro medio, jamás buscó, osadamente éxitos de garganta; guardó una modestia digna. Su dicción, clara y firme, nunca se arrastró para subrayar, porque sus palabras todas brotaron siempre con diáfana precisión. Su gesto, de armoniosa sencillez, no extremó jamás la expresión. Su belleza no fué académica ni canallesca, sino simplemente simpática. Además, la Fornarina siguió con admirable tenacidad una línea recta en arte, sin desviaciones al baile ni á la declamación.

Fué, pues, un modelo de equilibrio artístico.

Por otra parte, de ella exclusivamente es la obra de aristocratizar el *cuplé* popular, estableciendo un límite entre lo obsceno y lo picaresco. Y en sus últimos tiem-

pos rozó valerosamente la canción sentimental, sin gazmoñerías ni ridiculez.

Si por aquel equilibrio artístico y por esta redentora labor, la Fornarina consiguió la suma perfección en su género, digna es de su fama y de un libro, que no todos los que ejercen una misión grande ó pequeña, cumplesla como la suya mi biografiada. Dice Hurtado de Mendoza: *No hay oficio, ciencia ni arte en que, si se ha de saber con perfección, no sea necesario emplear la capacidad del más agudo entendimiento del mundo.*

No es cosa nueva tampoco que una cancionista alcance semejante renombre. El público de esta clase de histrionisas es numeroso y vario; de ahí que su popularidad haya alcanzado enormes proporciones en todos los tiempos. Vaya un ejemplo:

El 1.º de Abril de 1767 se realizó en España la más transcendental reforma política del siglo XVIII: la expulsión de los jesuitas. Parece que tal hecho en un país manifiestamente católico había de constituir motivo de todas las conversaciones. Pero no; vióse apagado en aquel día el grave acontecimiento histórico por otro íntimo: la muerte de María Ladvenant, histrionisa y tonadillera famosa. Murió á los veintiséis años, en plena belleza, rendida á una existencia de

triumfos y placeres. Madrid entero lo olvidó todo por comentar aquella desventura. *“Inmenso fué el concurso —dicen Cotarelo y Joaquín del Amo— que en el acto del entierro se aglomeró en la calle de Atocha para ver cadáver á la que ya no podían ver viva. Señoras grandes hubo que, desde las cuatro de la tarde, estuvieron paseando en sus coches, calle abajo y calle arriba, hasta cerca del toque de oraciones, por ver aquella pompa fúnebre... Empezaron á salir papeles y más papeles sobre este suceso, é hicieron y vendieron públicamente retratos grabados de la actriz. De sus funerales se hizo una tan extensa relación como si fuese una princesa; églogas, lamentaciones, diálogos, romances... destinados á llorar el prematuro fin de la hermosa farsanta, fueron durante varios meses pregonados...”*

Téngase presente que si grandes fueron los méritos de María Ladvenant, debió su popularidad exclusivamente á su gracejo de tonadillera. Sabíalo ella hasta el punto de que ni en los más altos puestos escénicos dejó de lucir sus habilidades en la canción.

Á ellas atribuyó aquel general dolor producido á la muerte de la adorable mujer que, con su triple atractivo de ingenio, belleza y fragilidad mantuvo en derredor la más sentimental de las popularidades.

No es el primero, pues, el caso de la Fornarina.

Respecto á lo que significó Zozaya en una amena crónica donde llama á la Fornarina *la amiga de todos*, dice con suprema distinción, que ella conoció *todas las miserias y todas las prosas... de los hombres, y supo tender encima un vapor azulado y espolvorear sobre ellas el polen de oro temblador de las mariposas*. Y el mismo ilustre cronista añade que esta mujer significa *el pueblo aspirando á más espacio estético*.

En estas breves palabras transcritas hállase la exacta significación de la Fornarina.

Oid ahora su historia.

CUESTA ARRIBA

I

LOS DÍAS REMOTOS

BIEN sé, curioso lector, que ansías conocer los detalles minuciosos de la historia, los más ignorados, los más íntimos. Trataré de complacerte, pero habré de pasar como sobre ascuas por los primeros años de la cancionista.

Piensa, lector, que aún están tibios los restos de la hermosa criatura; que viven sus hermanos y su padre, aquel apuesto militar que durante treinta y dos años paseó por Madrid el benemérito tricornio; y que todavía se agitan en torno nuestro muchos actores de ese romántico drama que se llamó la Fornarina.

De todas las aludidas personas, algunas odian la publicidad; otras, guardan el incógnito forzosamente; y quizás alguna al leer ciertos detalles, intentase entre

remordimientos, justificarse acusándome de indiscreto ó acaso de calumniador.

Además, si yo evocase la niñez y la adolescencia de Consuelo Vello y Cano, sentirías, lector, inexplicable desencanto, porque las escenas primeras del drama son de una vulgaridad deprimente. No se trata de una criatura amancillada por un burlador doblemente amparado en la disciplina y la inocencia; ni de imperdonables condescendencias trocadas luego en criminales imposiciones... No.

Sería una manifestación de mal gusto no conservar más allá de la tumba el aroma desvanecedor que envuelve el nombre de la Fornarina; y confieso que me complace poner en mi relato todo el encanto de su personal poesía.

Sea bastante á tu curiosidad, paciente lector, respecto á los quince primeros años de su vida, alguna fecha y ciertos datos biográficos...

Que vió la luz en la casa número 12 de la antigua cuesta de Areneros, hoy calle del Marqués de Urquijo, el 28 de Mayo de 1884.

Que estudió en varias escuelas públicas las primeras letras, por cierto sin gran aprovechamiento.

Que sintió muy de cerca el hambre y el frío.

Que su voz cristalina pregonó en la vía pública todos esos manjares que pródiga nos da la madre tierra.

Que allá en sus quince abriles imploró limosnas en moneda y en amor, errante y abandonada como una mártir infantil...

¿No te bastan esos datos? ¿Quieres el relato de cada minuto de aquellos angustiosos días?

¡No es posible!

Carmen de Burgos, como yo, ha oído de los propios labios de Consuelo, la historia de aquellos horribles momentos.

“¡Yo ganaba dos pesetas lavando todo el día!”—musitaba en sus últimos instantes de vida, la admirada cancionista.

¡Pobre niña!—comenta la distinguida escritora.

“Hay algo grande, más grande que en otra artista, en haber salvado su vida y su belleza de aquel rudo trabajo. Mi indignación no es para ella, sino contra lo que, en contraste con aquella muchachilla preciosa y pobre, resulta más arbitrario.

Oigo, como en una pesadilla, el relato de una vida de miseria y de dolores. Consuelo, la Fornarina, me lo cuenta todo, sin velar nada y sin procacidad ni deleite. Hay en ella la serenidad del que ha aceptado lo fatal y

ha sabido conservar incólume su interior lleno de bondad y de dulzura. La veo, con admiración, salvarse de la caída irremediable, de la derrota final; caminar hacia el arte, hacia la luz; escapar del sino común de aquellas pobres compañeras tan preciosas, que ella recuerda y que se han perdido para siempre en la sima oscura y profunda de aquel arrabal perdido de que ella supo salir."

Ya lo ves, lector; ni en horas supremas, cuando ya la Intrusa se apoyaba en el hospitalario lecho de la enferma, se atrevió periodista tan sensacional como Carmen Burgos á evocar aquellas dolorosas memorias. Tampoco, yo. Mi pluma acusaría implacable y defendería fieramente, si hubiese de recordar ciertas terribles noches.

Es oportuno el silencio.

Y sobre todo, esta es la historia de la Fornarina, no la de la criatura desvalida, víctima del egoísmo y del ambiente, sino la de quien *aspiró á superior estética*.

Y esa dorada personalidad nació el día en que adoptó el nombre de aquella también humilde panadera romana que Rafael de Urbino inmortalizó á fuerza de arte y de amor.

II

EN ESCENA

EL año 1901 dejó indelebles huellas en el cuerpo y en el alma de Consuelo.

Por si no bastase la precaria situación de su familia, á cada día, por otra parte, más exigente, vino á torturarla una cruel dolencia que colmó el cáliz de sus amarguras.

Repuesta de ella, no pensó por un momento volver á su vida de oprobio. Ni su intuición, ni sus breves pero tristes experiencias, ni el trabajo corporal que tan estérilmente vió ejercer á su madre, eran circunstancias propicias para que la jovencuela aceptase ya una posición ignorada y humilde; y en su claro criterio, que no la abandonó jamás, vió en el teatr o su verdadera senda.

En Enero de 1902 ingresó en el coro de la Zarzuela.

Era entonces Consuelo una muchacha delgada, perfecta de líneas, de rostro picaresco é ingenuo, ligeramente moreno, de ojos negros y escasa cabellera ocre obscuro.

Sin voz educada, ni la menor noción de música, sirvióle la gentileza de su juvenil figura como único mérito para su ingreso en el coro, mas pronto llamó la atención por su belleza y por su dulce bondad.

No hubo entonces, ni en sus borrascosos tiempos anteriores, el más leve atisbo de cínica grosería en Consuelo. Cuanto se ha dicho de su desgarrado "chulismo", es erróneo. No fué nunca lenguaraz ó siquiera desenvuelta; ni aun en su época de callejeo. Por naturaleza ó por cálculo, atrajo con su sencillez no gazmoña, su ternura no empalagosa y su picardía siempre ingenua.

Á los tres meses de coro no tenía una enemiga entre sus compañeras, y había logrado algo difícil en los escenarios: aparecer insignificante sin serlo.

En Abril de 1902 un teatrillo de *varietés*, instalado en el núm. 16 de la calle de Alcalá, del que era empresario Manuel Izarduy, preparó el estreno de varias

obras alegres, en las que la hermosura femenina figuraba como esencial factor.

Por aquella fecha, la moralidad en los teatros no sufría de las autoridades excesivas persecuciones.

La empresa del Salón Japonés, que así llamaban al teatrillo, recorrió todos los rincones de Madrid en busca de beldades, y entre otras cogió en sus redes á la futura cancionista.

Consuelo, que como corista tenía un sueldo de seis reales en la Zarzuela, creyó alcanzar la felicidad aceptando las tres pesetas que le ofrecieron en el Salón Japonés.

En él debutó con un papelito insignificante de esclava mora en *Pachá-Bumbun*, extravagancia lírica (imaginada por Balazy, célebre bailarín francés) que llenó á desbordar aquel teatrillo muchas noches.

Cuenta Saint-Aubin (*Heraldo de Madrid* de 17 Julio 1915) que antes de su aparición en el Japonés fué modelo en su estudio la madrileña. Poco tiempo debió ejercer esta profesión, porque entre su enfermedad y su ingreso en la Zarzuela apenas mediaron dos meses.

Al escenario del Japonés concurrían periodistas, poetas... y pretendientes de todas clases. Era aquél el

tercer concierto á la francesa que se instalaba en Madrid, y la novedad del espectáculo atraía á los hombres como la luz á las mariposas. No faltaban entre las artistas hermosas hembras, pero en su mayoría de tan bajo nivel intelectual y moral, que rápidamente destacó Consuelo entre todas.

El instinto de ver y de saber manifestábase en ella con tan seductora sencillez, que constituía el mejor encanto á los ojos de cuantos la trataban.

Para presentarse como cancionista pensó Consuelo adoptar un nombre: *Rosa de té*.

En reciente conversación ha sentido ella la ridiculez de aquel apodo. Creo excesivo su escrúpulo. Precisamente revela el exquisito anhelo de ser un delicado ejemplar de cancionista. El sobrenombre sólo ofrecía el defecto de no ser cartelero, como se dice en charla teatral.

Un "amigo de la casa", el ilustre periodista, Javier Betegón, la aconsejó el nombre que ella popularizó.

Saint-Aubín atribuye el origen á su anterior profesión de modelo.

La Fornarina conservó cariñosa memoria de quien administróla esa especie de confirmación escénica, y le contaba en el número de sus más caballerosos amigos.

Entretanto, ni su actuación en el Japonés, donde se la aumentó el sueldo, ni su artística presentación en palanquín, vestida orientalmente, en cierto famoso baile del teatro Real, pudieron normalizar económicamente á Consuelo. Los elogios de la prensa, breves para serle útiles, aunque excesivos para su categoría artística, tampoco diéronla ventajas. Se hablaba sólo de su belleza, nada de sus méritos teatrales. *El Liberal* del 3 de Abril de 1902 la llamó *Venus con brazos*. Pero no surgían contratos. Tampoco el amor espléndido llamó á su puerta, aunque por entonces corrió de boca en boca una frase suya: "Quiero ser la mujer más amada del mundo."

¡Palabras huecas, hijas de una nerviosidad momentánea!

Acusada por los suyos de inhabilidad escénica (sólo escénica, quiero pensar piadosamente), hubo de reñir rudas batallas en su hogar, en aquel interminable invierno de 1902, entre penurias y angustias más opresoras para Consuelo desde que gustó las delicias del éxito.

Sola, sin otras confidencias que las de alguna amiga cariñosa, de origen semejante al suyo, pasó aquellos meses de dura prueba.

Por fortuna, en la primavera de 1903 surgió un contrato. Barcelona, teatro Nuevo-Retiro, quince funciones, doscientas pesetas, viaje y hotel pagados...

Más que por el refuerzo pecuniario, este inesperado contrato dió alientos á la descarriada ovejilla, porque ello significaba que no había caído absolutamente en el olvido su persona.

La prensa de Barcelona, como la de Madrid en sus días del Japonés, acogióla con afecto, y aquel teatro al aire libre, amplio, concurrido, con cierto aspecto de elegante extranjerismo, tributó á Consuelo cariñosos aplausos, quizás los más alentadores de su carrera. Por entonces no anidaban en su corazón hondos amoríos. Algún *flirt* sin interés la entretenía; aceptaba ciertas cenas... Sabía ella que cualquier debilidad amorosa persistente con un advenedizo, podría desviarla de su premeditado camino artístico, y puso freno á todas las fantasías, sin que en su conducta dejara de influir su odio nativo á los chulos y explotadores de mujeres. Salió de Barcelona, dejando una promesa de contrato para el siguiente verano en el teatro Nuevo, y otra en el Salón Novedades de Valencia, que se cumplieron fielmente.

Algo es algo...

III

AMOR

POR los días de su regreso á Madrid, acababa cierta artista, de "plástica reputación", de entregar en manos más expertas la empresa del teatro Romea, donde hacía sus primeras armas un músico tan modesto como culto.

Bajo su dirección, Consuelo empezó á estudiar papeletos breves en ciertas obras de ligero ropaje, entre otras, la titulada *La bodega del diablo*, que alcanzó numerosas representaciones. La Fornarina repetía, entre aplausos todas las noches, sus canciones de diablillo rojo, sin popularizarse sus *cuplés*.

Tampoco el amor la abstraía completamente. Sus relaciones con un oficial del Ejército, de regia extirpe, no constituían una pasión arrebatadora. En aquella

fecha, una noche rigurosa de invierno, se franquearon á la Fornarina las puertas del Regio Alcázar, para acompañar durante algunas horas de su monótona guardia al militar. Nadie supo entonces la aventura; pero años después, aquellas horas sigilosamente pasadas tras los muros de Palacio, sirvieron para tejer una leyenda de alto copete, que Consuelo, romántica ó vanidosa, no cuidó de desvanecer con la debida insistencia.

Como digo, no fueron pasionales aquellos amores, ni siquiera únicos. Quizás fué tal época la en que más complaciente se mostrara con el mitológico niño de los ojos vendados.

Influyó en su conducta la innovación introducida en el teatro Romea: derribáronse tabiques y se dispuso un *foyer* de artistas. Con ello se facilitó el acceso á los conquistadores, y las hembras viéronse en más inminente peligro. Consuelo fué de las más asediadas..., y aún no tenía la criaturita ciertas mañas, ni medios formidables de defensa.

En aquel *foyer* conoció la Fornarina al hombre único que influyó decisivamente en su existencia. Tenía treinta años, tez morena, negra cabellera, bigote con espléndidas guías, y ojos profundamente escrutadores,

de un mirar que lo mismo podía significar ensueño que escepticismo. De humilde origen ha sabido alcanzar justo renombre en la Prensa, y mayores fueran sus triunfos en países de más esplendidez moral y material con sus hombres no vulgares.

En *El Universal*, de Caracas, de 31 de Octubre de 1911, se publicó su autobiografía: "*Tengo treinta y ocho años, y desde hace siete ando rodando por Europa. De los veinte á los treinta, me dió por escribir versos; pero mis versos, ya que no tuvieron otra cosa, estaban bien medidos, no eran cojos ni mancos y se ajustaban á los preceptos clásicos en lo que toca á la confección... Si habia dentro de ellos poesia, eso no lo sé... Pero, ¡qué diablo!, me parece que sí.*

Ahora bien; un día vi que en esta "Sociedad de bombos mutuos", que en Madrid existe perfectamente constituida, se daba beligerancia y se consagraba como poetas á unos señores que no tenían oído y escribían unas poesías verdaderamente arbitrarias con versos kilométricos consonantando con otros de seis sílabas. ¡Un lío! Parece ser que aquello era una innovación en la poesía castellana. Yo medité, preguntándome á mi mismo si podría seguir aquel camino, y convencido de que no me sería posible, me dije: Pues si la poesía es eso y yo no

me considero con fuerzas para hacerlo... ¡es que no soy poeta! Y dejé de escribir versos. Después de todo, nada perdía, porque nadie se había fijado en que yo escribía versos.

Pero no era tarde para dedicarme á otra cosa. Y un buen día me metí á periodista. Ya que no puedo ser un poeta, seré un articulista—pensé.—Entré en La Correspondencia de España; hice noticias, sucesos, telegramas, etcétera... El director me preguntó si me complacería ir al exterior.

Por aquel entonces había unos ojillos negros en Madrid, que me traían á maltraer, y para curarme los disgustos que me daban los ojillos negros, acepté el viaje.

Del primer salto me enviaron á Berlín, sin saber alemán ni conocer al Kaiser. Yo solo sé "las que pasé" en Berlín, lejos de mi patria, tiritando..., y lejos de los ojos negros. Comencé á escribir á "salga lo que saliere", y vean ustedes lo que son las cosas. Entonces mis compañeros empezaron á decir que yo era un poeta... ¡Cuando ya no escribía versos! ¡Si digo á ustedes que no sabe uno cómo acertar!

De La Correspondencia pasé al A B C, para desempeñar el cargo de redactor en París, que ocupó hace unos

cinco años. Y aquí me tienen ustedes los lectores, que han de ser indulgentes, de El Universal.

Cuando me canso de París, me voy á Berlín ó á Viena, ó á Copenhague, ó á Londres, y como mi obligación consiste en escribirles desde donde esté, escribo, y en paz.

He hecho mis intentonas afortunadas en el teatro. ¡Amigos míos, el teatro da dinero!... Con mi arreglo de una ópereta he ganado en seis meses más que en cincuenta años de periodismo, si los viviera.

No soy modesto, pero tampoco me creo con grandes méritos. Mi sólo mérito es que soy trabajador. Por lo menos yo me lo repito á mí mismo para convencerme y convencer á los demás.

Sin embargo, si he logrado hacerme una posición, lo debo principalmente.... ¿á que no saben ustedes á qué? Pues á aquellos ojillos negros de Madrid... La luz de esos ojillos me guía y su lumbre me da calor.

¡Estaba escrito!"

De C*** (así llamaré al "único" amor de la Fornarina) se han hecho grandes elogios en público. No así en privado. En el transcurso de mi relato habré de desvanecer muchos errores, y no será el menor el relativo á C***. Pero al pasar por 1903 es preciso hacer constar que las relaciones entre la artista y C*** no

se iniciaron vulgarmente ni fueron amorosas en sus principios, sino por desinteresada simpatía mutua. Ahondando en el origen de su amistad, hay que suponer que ambos sintieron, desde su encuentro, ese afecto que nace y muere con el individuo, sin que ella, justamente prevenida desde su niñez contra los hombres; y él, soñador incorregible, diesen rienda suelta á sus sentimientos en los primeros instantes. C*** habló á la artista con interés noble; la señaló modestamente el camino del triunfo; ella, atraída por irresistible simpatía, creyó en el consejo afectuoso, y así surgió la convivencia de dos almas, trocada luego en amor intenso, roto á veces, como siempre, en casos semejantes; porque no parece sino que los verdaderos enamorados no hayan de entenderse... Por esta circunstancia, hija del amor propio, torturaron cruelmente su corazón muchos amantes, y entre los famosos acuden á mi pluma los nombres de Teresa y Espronceda.

Á pesar de los consejos de vida libre y personal, Consuelo tenía que continuar en Romea por la fuerza del contrato... y por falta de todo otro medio de subsistencia.

En Noviembre (1903) estrenóse allí un pasatiempo

lirico titulado *No te fies de los turcos*. En él figuraba cierto *cuplé* del maestro Aroca, que Consuelo no aprendió sino por tiránicas exigencias... La obrita fracasó; pero aquel *cuplé* por ella odiado, no sólo se salvó del naufragio, sino que fué el primero que logró popularizar la Fornarina, y aún hoy, después de trece años, se aplaude en algunos conciertos de provincias.

Entre amores fáciles y contratos efímeros, arraigaba lentamente en el corazón de Consuelo el amor á C*** sin que se vislumbrara por parte alguna la aurora del bienestar material.

Así llegó el año 1904.

El Salón Actualidades, diminuto teatro abierto en el número 4 de la calle de Alcalá, acogió como una artista más á la Fornarina; pero los empresarios se percataron inmediatamente de que ella sola llenaba el espectáculo, porque sus éxitos allí tuvieron excepcional resonancia. Hasta el malogrado "Caramanchel", á quién nadie puede tachar de crítico benévolo con las artistas de *varietés*, dijo de Consuelo en *La Correspondencia* de 21 de Agosto: *¿No puede asegurarse que dentro de la actual relatividad de nuestros escenarios por horas, sería un verdadero encanto ver y oír á una muchacha que tiene la voz muy bonita y que, aun obli-*

gada á decir obscenidades, las atenúa y endulza con su finura nativa y su ingenuidad?

Este es el menor elogio que de Consuelo se dijo en letras de molde. Imposible leer las colecciones de los periódicos madrileños de aquel tiempo sin hallar el nombre de la Fornarina.

Era insuficiente la salita de Actualidades para contener al público, ávido de ver y oír á la nueva cancionista. Aquí comenzó á sentirse la mano afectuosa de C***. Sin bruscas transiciones, para no ahuyentar á cierta clase de público... el periodista refrescó el repertorio de la adorada, y la enseñó á sonreír y mostrar sus dientes perlinos sin que sus admiradores se percatasen del cambio que á veces sufría la letra de algunos *cuplés*.

Todas las empresas teatrales empezaron á preocuparse de aquella muñeca que hacía hablar á Madrid entero; y la de Eslava propúsola formalmente una contrata de tiple cómica. Pero sus mejores amigos la sostuvieron en su idea de no apartarse del camino trazado, y C*** con su sentida autoridad, decidió el caso: la Fornarina cancionista debía ser siempre la Fornarina cancionista. Y así fué.

En Romea no pasó su sueldo de diez pesetas día-

rias: en Actualidades, llegó á percibir veinticinco.

Renovó su vestuario, apartóse discretamente de los suyos, sin dejar de socorrerles; se pintó el pelo de rubio claro; extendió su nombre por toda España; aceptó cenas de pequeño homenaje y algún regalo de escaso valor; y cuando á las cuatro de la madrugada se retiraba con su única leal amiga á su modesta casa, aún hallaba fuerzas para estudiar *sola* las primeras nociones del idioma francés. En Septiembre del siguiente año, *La Voz de Guipúzcoa*, se admiraba de que la Fornarina pudiera *entablar una conversación con cualquier gentleman de Biarritz*.

Sentía ya en C*** al maestro único, pero nadie negará que también la Fornarina era una discípula extraordinaria.

El público de Actualidades fué siempre esencialmente masculino. Si entre él aparecía algún ejemplar del sexo débil, de vez en cuando, no ofrecía realmente grandes garantías de moralidad.

Pero á tal punto llegó la popularidad de la Fornarina, que en todos los hogares se comentó su éxito, y algunas damas, pocas, esto sí, quisieron más ó menos recatadas conocer de *visu* á la mimada de los públicos.

Entre ellas, destacóse una conocida aristócrata de

costumbres independientes, á mi juicio mal comprendidas del común de las gentes. La Condesita de R. (así la nombraré) no ha hecho de más ni de menos lo que otras damas, pero sin la habilidad de disimular. Por el contrario, ha hecho un verdadero alarde de exhibición en todos sus actos.

Una noche, asistió sola y en primera fila al Salón Actualidades; aplaudió á la Fornarina aparatosamente, se hizo presentar á ella, estrechó su amistad y tuvo á gala ostentarla como muchos personajes esclavos de la actualidad conviven con los toreros en moda. Aquella intimidad entre la condesita y la artista fué comidilla de muchos difamadores, en esta ocasión absolutamente engañados por las apariencias.

La característica de Consuelo, fué precisamente el más bravo feminismo.

IV

LOS PRIMEROS VUELOS

EN Febrero de 1905 traspuso la Fornarina por vez primera las fronteras de su patria.

Fué para la linda viajera un emocionante momento aquel en que firmó su contrato para Lisboa; y más aún cuando vió en Marvão (1) desconocidos uniformes militares, costumbres exóticas, y oyó otro idioma que el suyo... Sintió como un despertar de sus facultades, y el primer día que ante sus ojos pícaros contempló la enorme sala del Coliseo dos Recreios, repleta á *cunha*, según frase portuguesa, y escuchó una formidable ovación, creyóse vencedora para siempre. Y no se equivocó, pues aunque dolorosos, eran breves los pasos que la separaban del triunfo definitivo.

La figura de Consuelo manteníase infantil casi, sin

(1) Estación portuguesa fronteriza.

grandes exuberancias, pero más que antes señorial. Su falta de relación social elevada, coartaba la soltura de palabra y ademanes, que luego le fué peculiar, pero con su portentoso instinto adoptó dos infalibles signos de distinción: la perenne sonrisa y la reserva en el hablar.

Como en Madrid, fueron muchos en Lisboa los que pretendieron sus favores.

Aquella su triste historia de callejeo, mortificábala cruelmente y la perseguía doquiera.

Cierta noche, en uno de los amplios pasillos del coliseo, se le aproximó un caballero de madura edad, irreprochablemente vestido, que en correcto español la detuvo para decirla con molesta familiaridad:

—¡Hola, Consuelito! ¿Cómo estás?

—Bien—contestó ella, haciendo un esfuerzo de memoria para reconocer al interpelante. El público que por allí circulaba, detúvose, no por escuchar el diálogo, sino para admirar á la gallarda española.

—Perdóneme—habló Consuelo, tras breve vacilación, sonriente siempre—, pero no le recuerdo...

—¿Que no me recuerdas?...—replicó el cínico. Pues fué... hace cuatro años, una madrugada en la Plaza Mayor...

Consuelo sintió arder su rostro; pero sin dejar de sonreír, dijo rápidamente:

—¡Ah, sí... Iba yo con su hija de usted...

El osado saludó y perdióse entre la gente.

Consuelo había dominado el peligro; pero su corazón á cada evocación del pasado manaba sangre, y su mente rugía desesperada ante la imposibilidad de destruir su novela de lástimas.

Este pánico por su primera historia, es preclara prueba de nobleza de corazón, y explica sus ansias de regeneración.

Únicamente C*** mantenía en el alma de Consuelo un afecto irremplazable.

El periodista, que ocupaba un modesto cargo en *La Correspondencia de España*, no ha sido nunca hombre excesivamente confiado, y á cada triunfo de su amada sentía un nuevo recelo respecto á la realización de sus ideales.

Por otra parte, ella, mujer coqueta en toda la amplia acepción de la palabra, creía envolver mejor en sus redes á C*** motivándole celos y fingiéndole desdenes.

Á tal punto llegaron las cosas, que el periodista buscó remedio á su infortunio en la fuga. Él lo cuen-

ta en su antes transcrita autobiografía. Cierta día aceptó en lamentables condiciones una correspondencia en Berlín. Súpolo Consuelo; pero su amor propio puso doble llave á sus labios y dejó partir á su único amor sin un reproche ni un ruego, ni una lágrima.

¡Ah, cómo amargan su vida voluntariamente los enamorados!

En Septiembre de 1905, terminó la Fornarina sus compromisos en el circo de San Sebastián, y con sus escasos ahorros se lanzó valerosamente fuera de España. No podía resistir un momento más su corazón...

El amor prestábale alas: volaba á través de Francia, trasponía fronteras... y señalaba un triunfo más, bien íntimo éste, en la pulcra capital germana.

Allí el idilio celestial rozó la tierra. De aquellos días de placer y de ensueños jamás se borró la memoria en ambos amantes. Sus excursiones de estudiantuelos alegres por las calles de Berlín, sus pequeños viajes por el Rhin... ¡El Rhin! ¡Todo un poema!

Muchos años después de aquellos románticos días, muerta ya la adorada, escribe C*** con irremediable tristeza:

¡Cómo olvidar las orillas del Rhin! ¡Cómo arrancar

el recuerdo de una noche pasada en la cubierta de un vapor silencioso, teniendo cogida entre las manos una mano adorada, escuchando el leve rumor de las aguas del río, que se alargaban, extendiéndose acariciadoras!... Y en el cielo las estrellas lucían, y cuando la luna radiante apareció sobre la cumbre del Sternberg, como una reina en su trono, el Rhin resplandeció semejando un fantástico espejo...

Pero aquella existencia berlinesa no podía prolongarse.

C*** carecía de recursos abundantes; el sueldo de *La Correspondencia* apenas bastaba á un modesto pasar: cuanto menos al de una hembra ya lanzada por la vía del éxito. Tampoco era oportuno dejar que se enfriasen con la ausencia los públicos que tanto costó conquistar.

Y la muñeca de ojos negros regresó á su patria.

El 23 de Noviembre de de 1905 presentábase de nuevo en los Madriles, en Novedades, con la aureola de un viaje al extranjero entre *etoiles*, príncipes caprichosos, grandes modistos... La prensa madrileña habló de triunfos artísticos en Berlín, en París, en Londres... ¡Pura fantasía!

La Fornarina no cruzó el canal de la Mancha en-

tonces; atravesó sin detenerse Francia; no compró un solo traje en casa de Paquín ni de Worth, ni pisó escenario alguno... Lo de sus triunfos quedaba reducido al amoroso conseguido en Berlín, bien íntimo por cierto... pero según oí de sus preciosos labios, el primero de su vida, porque hasta entonces había ella ignorado toda la dicha del amor.

Desde aquella época apenas pudieron ciertos degenerados admiradores suyos, refocilarse escuchando aquellos primeros *cuplés* del *Pandero* y del *Anillo*...

En cambio sorprendió con *La echadora de cartas* y con *La abuelita*.

Iba realizando su transformación, con fortuna. Su éxito era mayor á cada día. Ganaba entonces cuarenta pesetas, ni una más, porque rechazó otra clase de ofrendas; y además, no surgió ese príncipe oriental que anida en todas las cabecitas femeninas.

El amor, en tanto, realizaba su labor estética. La belleza de Consuelo alcanzó extraordinaria delicadeza. Más fina de rostro y menos delgada de busto, la proporción de sus formas se armonizó maravillosamente.

El Viernes Santo de aquel año (1906), acompañada de una amiga suya, recorrió Consuelo los sagrarios.

No fué nunca beata ni gazmoña; pero sus creencias religiosas estaban arraigadas, y en su profesión escénica tuvo siempre la discreción de no alardear de creyente, por no ridiculizar un solo instante la grandeza del dogma. Pero como tantas otras mujeres bellas y lisonjeadas, en esa fecha memorable del Redentor, mezcló instintivamente lo divino con lo humano, y en la tarde de aquel santo día, cruzó las calles de Madrid vestida con estupenda sencillez: negro traje de raso, ceñido como una malla, zapatos de primorosa forma, rica mantilla blanca y sangriento manojo de claveles prendidos al busto.

Pocas veces habrá pisado la vía pública hembra más seductora.

En todo el tránsito no dejaron de oír Consuelo y su amiga, que tampoco era una tontería, cuanto en consorcio la admiración, el ingenio madrileño y el deseo, saben fundir en palabras. Cerca de Cuatro Calles, tendiéronse á sus pies ricas capas; el cesto repleto de flores de una vendedora ambulante volcóse para servir de alfombra á las dos hembras, y al llegar ambas al palacio de *La Equitativa*, promoviósse tal tumulto entre el elemento joven que las escoltaba, que el Alcalde de Madrid, allí presente, intervino para suplicar á la po-

pular artista que se retirara á su nido, ofreciéndola cuantos guardias necesitasen su seguridad y su decoro. En aquel instante, un conocido aristócrata sevillano, hincando su rodilla en tierra, cantó graciosamente á las plantas de Consuelo:

*No me mires, que me alelas,
pues cuando miras, pareces
la virgen de las Candelas.*

Nutridos aplausos coronaron la copla, y algo habría padecido el prestigio de la autoridad presente, si el buen sentido de Consuelo no resolviera el caso retirándose sin protesta á su casa, su modestísima casa, donde nada abundaba, ni aun lo más preciso, porque en su indispensable vida de apariencias, todo era ficción, incluso la rica mantilla que lució aquella tarde, alquilada á bajo precio horas antes.

Tales eran la penuria, la belleza y la popularidad de la Fornarina por aquella fecha.

La prensa se ocupó de aquel triunfal paseo con elogio para la seductora hembra, y con censura para los conquistadores insolentes; y algún periódico, como *El País* del 17 de Abril, arremetió, bajo pretexto de lo ocurrido, contra la primera autoridad municipal.

La fortuna aún no se le había rendido: mientras en Lara, de Málaga (Junio, 1906), era recibida friamente, en el teatro del Príncipe Real, de Oporto (Julio), conseguía ovaciones sin cuento, cantando *Don Procopio* y *Ven, Mimi*.

En las playas portuguesas más frecuentadas por españoles (Espinho y Figueira) pasó el verano de 1906. No era todavía su nombre una garantía de discreción para ciertas gentes. Aún se la veía pasar por entre las casetas de baños como una pecadora elegante y temible. La burguesía femenina presentía peligros mil para sus maridos, sus hijos, sus novios, al ver cerca á Consuelo sonriendo siempre, elegante, esbelta, sin altanerías de mal gusto, con aquella su sencillez en el vestir de calle que la acompañó constantemente. Su público afecto continuaba siendo de hombres solos.

Pero he aquí que un día anunció la Fornarina una función para niños. En la playa, en los casinos, en la prensa local, hubo un movimiento de extrañeza. Sin embargo, los niños constituían una garantía de decoro. El teatro del Casino Peninsular llenóse de la mejor sociedad veraneante; y las burguesitas, cavilosas, escudadas en los pequeñuelos, ocuparon, con cierta timidez cómica, todas la localidades. La Fornarina cantó

como siempre; hizo sus graciosos mohines acostumbrados; dejó oír la música popularizada por ella... pero la letra de sus *cuplés* no fué la de todos los días, sino irreprochable, cándida, infantil... Algunas espectadoras se sintieron casi estafadas. Los chiquillos palmoteaban; las madres y hermanas mirábanse con extrañeza... Los aplausos reclamaban incesantemente canciones nuevas.

De pronto, Consuelo entonó, con música del popular fado Hilario, este cantar portugués:

*O mar tamben ten amante
o mar tamben ten mulher:
e' casado com a areia,
dá-lhe beijos quando quer.*

Es difícil describir cómo dijo este cantar la madreleñita. Fué algo así como una réplica á los pazguatos que creen posible la vida de algo, sin amor. Salió la Fornarina del teatro entre antorchas, aclamada como un vencedor.

Al siguiente día, el 26 de Agosto, la sonrisa de la artista al cruzar la animada playa, fué correspondida con la sonrisa de todas las burguesitas, con una sola excepción: la de una *hétaire* española.

Había Consuelo domado á las fierecillas á fuerza de dulzura y mimos.

Cuando el 7 de Septiembre abandonó Figueira, la estación ofrecía aspecto de despedida regia. Dejaba gratos recuerdos de arte, de amor y de bondad, porque allí, dentro de sus recursos, se desbordaron los sentimientos caritativos de Consuelo.

El 25 de Octubre de 1906 debutó en el Circo Villar, de Murcia. Á la Fornarina habíale acompañado siempre la penuria ó el éxito, pero nunca el escándalo.

En Murcia, la tierra de los ópimos frutos y las fragantes flores, derramó sus primeras lágrimas sobre el escenario. Espíritus mezquinos, de esos que al amparo del bien realizan el mal, se impusieron en forma tal al virtuoso prelado de la diócesis, que éste, contra su voluntad, hubo de manifestarse hostil á la Fornarina.

Creyóse que la noche del *début* veríase desierta la sala; mas por el contrario, llenóse como pocas veces, y no faltaron en el público damas de reputación irrepreensible.

Ante semejante inesperada situación, los obstinados en ahuyentar de Murcia á la graciosa cancionista, recurrieron al menguado recurso de llevar á sus presentaciones nutrido tropel de alborotadores.

De lo que pasó entonces, da exacta idea el relato de la propia Consuelo, publicado en *La Tribuna* de Murcia del 11 de Noviembre de 1906.

“De las alturas del teatro con ferocidad terrible me gritaban pidiéndome canciones indecorosas. Me excuse diciendo que no sabía lo que de mi se deseaba. El gobernador me prohibió que siguiera cantando. El público daba miedo. ¡Echaba abajo el teatro! La Guardia civil desalojó el local. Los alborotadores marcháronse á la puerta de la Fonda de Patrón, donde me hospedo. Alguien me dijo que pretendían desnudarme en la calle. Yo sali del teatro llena de espanto. El Sr. Blaya, de la empresa, me acompañó á la fonda, reclamando para mi custodia el auxilio de los policias nocturnos que hallamos al paso. Llegué por fin á mi cuarto, y apenas si pude descansar aquella noche. Á la siguiente, la autoridad evitó los escándalos en el teatro. ¡Si los hubiera evitado antes! Pero el público hostil me siseó haciéndome víctima de un ensañamiento inmotivado. Procuré agradar. Fué en vano. El siseo perseguía mis palabras. Antes de terminar de cantar los couplets anunciados me entré llorando, y como me obligaran á salir en cumplimiento de mi compromiso, llorando lo hice. Entonces el sentimiento caballeroso de los espectadores de localidad

distinguida, despertóse en mi favor y fui aplaudida, más bien: desagraviada. ¡Es el primer público que me ha hecho llorar!"

Consuelo creía que la causa única de aquel huracán era la historia de sus primeros días. La sombra pertinaz de su pasado perseguía la implacable, y la madrileña, al regresar á su pueblo, hizo uno de los más tristes viajes de su vida, porque sus lágrimas lloraban un imposible.

Tan aparatosos fueron los escándalos de Murcia, que con motivo de ellos, el retrato de la Fornarina apareció por vez primera en la gran prensa extranjera. *The Sketch*, de Londres (12 Diciembre 1906), *New York-Herald* (edición francesa) y *L'Echo* de París (ambos de 3 de Noviembre), publicaron la efigie de la linda española é hicieron referencia á lo ocurrido en la rica ciudad levantina.

Como atraída por el ingrato recuerdo de aquella región, aceptó casi seguidamente contratos en Alicante, Cartagena, Valencia, pero siempre con éxitos parecidos á desagravios.

Sin embargo, los días tristes continuaban. Las contrataciones no alcanzaban á cubrir las exigencias de la vida. La amiga fiel, Nati, de quien es fuerza hablar porque

ha sido en la sombra del anónimo el ángel bueno de Consuelo, compartía estrecheces y compensaba con ingeniosa discreción las alternativas de alegría y de pesar en la inolvidable casita 126 de la calle de Hortaleza.

Por entonces cruzó la senda de Consuelo otro escritor, M***, que por propia confesión de ella, ha sido el hombre que la amó con más intensidad y delicadeza. Nada la pidió ni obtuvo; no hizo gala jamás de exhibición; la acompañó en sus amargas socorriéndola moral y materialmente, y en los días gloriosos apartóse voluntariamente de la triunfadora con la serena altivez de quien no acepta limosnas de amor cuando se pretende ser único y absoluto.

Á este hombre, que pasó rápido por la historia de Consuelo, alejándose definitivamente de su amor sin olvidarlo nunca, debió la artista muchas horas de bienestar. Ella no lo negó nunca... pero nunca sintió por él afecto hondo ninguno.

En aquella fecha angustiosa, sintió la gentil muñeca la inefable dicha de ver cerca de sí á C***. Venía de Berlín sin esperanza de medro; habíase separado de *La Correspondencia de España* y era su porvenir en tales momentos un enigma. Pero más que todos los

apuros materiales, valía la dicha de aquel bendito amor que tan oportunamente se aparecía en el hogar de Consuelo. Nunca como en esta época le dió ella más sentidas pruebas de cariño. La misma Consuelo me ha dicho emocionada en solemnes momentos: fui para C*** la más severa de las madres; la más afectuosa hermana; la más leal compañera; la más tierna enamorada...

C*** con Consuelo y su amiga constituyeron un alentador ejemplo de cómo se domina la vida cuando se compenetran la tenacidad y el afecto.

Tal llegó á ser la penuria en aquel hogar, que los alimentos se condimentaban á la sola lumbre de madera facilitada por un buen amigo, en cómicas circunstancias. No había para la Fornarina otra esperanza de solución que el contrato pendiente desde el año anterior para el Coliseo dos Recreios, de Lisboa. Y la esperanza fué realidad.

Allá fueron Consuelo y su amiga en Febrero de 1907, dejando en Madrid á C***, riñendo un rudo combate para lograr una posición digna de su talento y de su ambición. No podían sospechar los tres angustiados que de Lisboa había de surgir la definitiva victoria de la Fornarina.

El público lisbonense, que sentía por ella una especial predilección, acogióla con extraordinarias muestras de afecto. Por si la sugestión que ejercía sobre las multitudes no bastara á su éxito, circuló por la capital lusitana la especie (no desprovista de fundamento) de que un elevado personaje de la real familia había sido rechazado por Consuelo en sus habituales pretensiones, y esto envolvió á la artista en un concepto de gallarda independencia que la hizo más respetable y codiciada.

Al siguiente día de circular el rumor, cientos de tarjetas fueron dejadas en su alojamiento del Hig-Lif-Pension, y ciertos elementos populares, sumados á los espectadores del Coliseo, tributáronla una de esas ovaciones que nunca olvidan los artistas, especialmente si van seguidas de un hecho que influya en definitiva sobre su porvenir.

El hecho no faltó en esta ocasión.

Presentóse á la siguiente mañana en el hotel que habitaba Consuelo, un caballero de elegante porte, aunque no de juveniles años, que con laconismo espartano la dijo:

“Señorita: soy el jefe del famoso centro artístico “Boureau-Marinelli“. Recorro Europa en busca de ar-

tistas hermosas de todas nacionalidades, para presentarlas en la inauguración de Apollo-Theatre, de París, magnífico espectáculo que funcionará en Septiembre próximo. He visto á usted varias noches en el Coliseo, y será un honor para mí que acepte usted la representación de las artistas españolas en París junto con otra ya contratada. Las más famosas estrellas del arte se dan por satisfechas con sólo exhibir su nombre en el *elenco*, sin otra retribución ni sueldo. Pero sé cuál es la situación de usted, y como caso excepcional la ofrezco mil francos mensuales durante la temporada. Dispongo de cuarenta y ocho horas para esperar su decisión“.

No dijo más. Saludó ceremonioso y amable, y se retiró, dejando su tarjeta en manos de Consuelo, y á ésta y á su amiga paralizadas por el asombro.

!!!París!!! !!!Mil francos!!!... ¿Soñaban?

No: allí estaba la tarjeta, con un nombre prestigioso, y las señas de un hotel en Lisboa.

Treinta minutos después, el telégrafo sometía el caso á la decisión de C***.

Antes de la noche llegó la respuesta: “Acepta sin condiciones.”

Consuelo saltó, bailoteó, gritó; expresó su alegría en cuantas formas es expresable.

El tiempo que faltaba para la realización del sueño se pasaría bien ó mal, pero la meta gloriosa se señalaba indudable.

En la inmediata mañana firmóse el contrato por ambas partes. De ello tomó nota protocolaria á toda garantía el Consulado de España.

PULIMENTANDOSE

CUANDO regresó á su patria, halló dispuestos varios contratos, pero sólo aceptó uno para Cartagena. No olvidaba sus lágrimas de Murcia y sentía verdadera obsesión por triunfar, si no en la misma población, lo más cerca posible de ella. Y lo consiguió. Sus éxitos de aquel Salón de Actualidades, fueron coronados por un generoso beneficio (23 Julio de 1907) á favor de los niños raquíticos y tuberculosos de las Colonias Escolares, y la Fornarina gozó la satisfacción de que su donativo figurase junto al del mismo virtuoso prelado causante involuntario de sus amarguras del año anterior en el Circo-Villar de Murcia.

Después actuó en Madrid, en el Kursaal, en la Zarzuela, en Price... siempre admirada y aplaudida.

En Agosto de 1907 tenía Consuelo dispuestos tres trajes para su presentación en tierra extraña, confeccionados con prolija paciencia y meditada exquisitez, sin otro auxilio que el de sus manos angelicales y el de las cariñosas de la inseparable amiga.

Firme en sus anhelos de cultura, Consuelo dominaba ya el francés, chapurreaba el alemán y el inglés, y empezaba á llenar su cabecita de conocimientos literarios.

No era despreciable el bagaje que aportaba á su *début* parisino.

Excesivamente modesta, temió, á pesar de todo, al ambiente de la gran villa, y no se aventuró sola en París. Obtuvo de C*** que la precediera y acompañase después en su viaje, y á su vez él consiguió de *A B C* el nombramiento de cronista en la capital francesa.

Cuanto á su hermosura, no era entonces inferior ni superior que en anteriores épocas. Quizás los adoradores del barro humano la hallasen menos sugestiva; mas para los artistas la Fornarina empezaba á transparentar, bajo su fina epidermis, todas las delicadezas de un alma aristocrática en gustos y ensueños.

Sus predilecciones eran entonces (*La Tierra*, de Cartagena, 6 Julio 1907) en flores, por la violeta; en

pedras preciosas, por la esmeralda; en colores, por el azul; en perfumes... por el agua pura, y en música... por Wagner.

Así hablaba Consuelo; mas no sinceramente, porque sus perfumes eran muy otros que agua, y á Wagner no lo sintió jamás, por una razón físico-musical que luego explicaré.

Equipada, como digo, modestamente, pero con dignidad artística, emprendió la Fornarina su viaje, acompañada de C***. La amiga fiel quedó en Madrid: no hubo medio de facilitarla el importe del viaje. Animososa y leal, esperó el resultado de aquel *début* lleno de esperanzas azulinas.

El 15 de Septiembre llegó la enamorada pareja á París. Esperábanles en la estación Mr. Marinelli y el maestro Valverde (Quinito), á quien el ansia de gloria... y las deudas, habían lanzado al otro lado de la frontera.

Consuelo recorrió todos los rincones de París, jardines, teatros, bazares, museos... Visitó el del Louvre, con el ansia de conocer el lienzo célebre de Rafael. No fué pequeña la sorpresa que recibió ante la efigie de su homónima, la adorada del pintor de Urbino. ¿Dónde estaba la semejanza física, justificante de su

apodo popular? Tarde era ya para una nueva confirmación. Cualquiera que fuera el nombre que adoptase, la Fornarina no dejaría de figurar siempre como la Fornarina.

Dedicóse en las horas libres á repasar su nuevo repertorio de canciones, algunas de Quinito y de C***. Sus antiguos *cuplés* eran imposibles ante aquel público. En París se puede decir y cantar las mayores atrocidades, pero siempre ingeniosamente. El repertorio primitivo de la Fornarina, era de una inconcebible grosería. Sólo la ingenua manera de decir de Consuelo pudo sostenerlo sobre el tablado.

C***, con tanto arte como oportunidad, preparó canciones de un españolismo convencional, picaresco y culto, y moldeó el gesto de la artista y sus ademanes con suma discreción.

Apollo-Theatre era un espectáculo lujoso, que intentaba agrupar en su recinto toda la alegría de buen tono que ambula por París. No faltaba en su local nada que no le hiciese perversamente atractivo y seductor: tapete verde, excelente cocina, herméticos gabinetes, comodidades sibaríticas y hembras hermosas de todos los países.

España tenía una brillante representación, aunque

exigua: la Fornarina, que simbolizaba el madrileñismo delicado y picaresco, y Pastora Imperio, que expresaba la gitanería andaluza.

No veo nunca menoscabo para España en este género de representaciones, porque ni una sola nacionalidad mundial deja de tenerla en la vida escénica femenina; y si algo lamento, es que al igual que las demás, nuestra patria no pueda simbolizarse con tanta brillantez en ciencias é industrias.

LA CUMBRE

VI

LA CONSAGRACIÓN

LA noche del 25 de Septiembre de 1907 puedo afirmar, sin abusar de la frase hecha, que el *tout Paris* estaba en Apollo-Theater. Y también sin exageración alguna, aseguro que la Fornarina obtuvo la definitiva consagración bajo la copiosa lluvia de flores que la galantería vertió sobre la cancionista española.

Le Journal del día 28, que la llamaba *mignonne madrilene*, decía: *hier encore inconnue des parisiens, aujourd'hui leur idole... à conquis Paris, qui l'a classée au rang des plus grandes étoiles...*

Todos los periódicos franceses publicaron su retrato. Los elogios de la prensa española parecen tenues comparándoles con los de la parisién.

Únicamente Gómez Carrillo, con su peculiar arte

(*El Liberal* del 24 de Noviembre), bromeó con el españolismo de la Fornarina, y puso en boca de Richepin: “*eso que canta no es castizo. ¿Será ella una española de Montmartre?...*”

Lo indudable es que la Fornarina consiguió rápidamente una personalidad en París; que sus adoradores fueron innumerables, que su sueldo, aumentado hasta dos mil francos por mes, no bastaba á sus gastos... y que al amanecer, cuando se retiraba á su hogar, jóvenes y viejos veíanla invariablemente acompañada de C*** y de aquella amiga de los tristes días, instalada en París á las cuarenta y ocho horas de firmar la cancionista su primera nómina.

Marinelli, atento siempre á su negocio, la facilitó contratos por cinco años en los mejores teatros de Europa donde se cultivan *varietés*. Berlín, Viena, Stokolmo, San Petersburgo... ¡Un sueño de hadas!

Antes de abandonar París, el 27 de Noviembre, el “American-Club” celebró una fiesta aristocrática en que cantó la Fornarina acompañada del maestro Valverde. Ni un solo frac quedó indemne aquella noche del champaña que á raudales se vertió en los elegantes salones. La Fornarina no quiso percibir cantidad alguna por su cooperación á la fiesta; pero al siguien-

te día recibió un magnífico ramo de flores ceñidas por una pulsera de oro y brillantes.

Era la primera joya valiosa que el puro arte ponía en sus manos.

Poco después cantaba en el Palais-Soleil, de Monte Carlo, y en Marzo de 1908 emprendió la *tournee-Marinelli* escriturada.

Folies Bergeres, de Berlín, fué el primer teatro de sus triunfos en la Europa central.

Berliner Zeitung, *Illustrirte Zeitung* y otros periódicos alemanes publicaron magníficos retratos de la española cancionista y la consagraron columnas enteras.

Familiarizada con la alegre vida berlinesa, que ella ya conocía, fué tan popular en las cervecerías como en los aristocráticos salones. La turba estudiantil coreaba sus canciones predilectas en las interminables sobremesas de sus banquetes, y por Berlín circuló durante mucho tiempo una *lider* á la gentil española dedicada.

Allí la saludó de nuevo el príncipe de P, próximo pariente por afinidad, del Emperador, á cuyo príncipe había sido ya presentada en París. Aquel mocetón de dos metros de estatura llenaba de flores todas las

noches el *camerino* de *Folies Bergeres*, y la víspera del día en que Consuelo debía partir de Berlín, le hubo de conceder una cena en un reservado del más aristocrático *club*.

¡Cena inolvidable! Pocas veces se sintió Consuelo tan dueña de sí misma. En el *menu* cuidó diabólicamente de elegir langostinos, cangrejos, rabanillos... Ella, con ese mohín suyo característico que fingía amores y aun pasiones, empeñóse en que las propias manos principescas preparasen aquellos manjares y los llevasen á la linda boquita de la diablesa, como esos pajarillos que se alimentan de pico á pico...

¡Amor! ¡Siempre nivelando clases y posiciones!

Al finalizar la cena, faltaban escasos instantes para la salida del tren... Así lo afirmaba Consuelo. La cena no pasó de tal, pero produjo una fragorosa tempestad de celos por parte de C*** Parecía que únicamente una separación definitiva entre los amantes daría paz, más Consuelo, lacrimosa y emocionada, corrió á implorar el perdón del hombre de sus amores... y supo obtenerlo.

Dos meses libó la mariposa las dulzuras de la reconciliación. Sin ensayos teatrales ni distracciones de ninguna clase, los paseos de los enamorados por París

y sus alrededores tuvieron el encanto de una nueva desfloración para Consuelo.

Pero á pesar de aquel aislamiento amoroso, no faltó quien descubriera el nido.

El hijo de un famoso millonario *yankee*, joven de aspecto delicado y enfermizo, antiguo pretendiente suyo en Apollo-Theater, la vió cierta mañana en que ella, como una modosa burguesita, regresaba del mercado.

Una vez más solicitó en vano el acaudalado americano una cita íntima. Consuelo pasaba por aquellos días una verdadera fiebre amorosa por C*** Ninguna ocasión peor que aquella para triunfar el *yankee*. Pero tenaz como todos los de su raza, no cedió una pulgada de terreno, y desde que descubrió el nido, no dejó de espiar los menores movimientos de la linda muñeca. Llegó á percatarse de ello C***, mas seguro de su posición en aquellos momentos, tomó á chanza la aventura y hasta hizo chistes y burlas sobre el caso.

Á primeros de Junio (1908), despedíanse en la estación del Este C*** y la madrileña. Esta, con Nati, dirigíase á la capital de Hungría para actuar en el American-Parkös-Budavara.

Sin incidente alguno íbase realizando el viaje; en

las estaciones del tránsito subieron al departamento de las españolas y descendieron de él diversos viajeros de todos sexos y edades.

Ya amanecía cuando cerca de Buda-Pesth, en Waitzen, subió al coche una elegante dama que, después de saludar con un gesto, se acurrucó en uno de los ángulos del departamento.

Consuelo y Nati recobraron en breve el sueño interrumpido por la entrada de la viajera, mientras el tren renovaba su marcha...

De súbito, la dama levantóse sigilosamente y se aproxima á la dormida artista. Dos besos fulgurantes estallaron en las mejillas de Consuelo, sin que ésta pudiera impedirlo. El *yankee*, que no era otro la viajera, despojóse rápidamente de su largo abrigo y mostróse á los ojos de las atónitas damitas en el traje propio de su sexo.

Pidió mil perdones, y entre lo cómico y lo sentimental, logró de Consuelo la promesa de una cena... esa cena cuyo solo nombre evoca siempre el mismo cuadro...

Mas no llegó, sin duda, á cumplirse la promesa, porque en breve desapareció el enamorado de Buda-Pesth, sin dejar rastro. Decía Consuelo que él juró

morir si no lograba el amor de la artista; pero ningún dato existe para sospechar un suicidio.

¿Fué falso el juramento, ó consiguió su anhelo? ¡*Chilo sál!*

Los éxitos en Hungría fueron como los de París; quizás más ruidosos. Periódicos hubo, como *A Nap*, que la calificaron de primera cancionista del mundo.

De Hungría pasó al Kursal de Lucerna, y luego á Viena, siempre vencedora, y al regresar á España tuvo que detenerse en París atacada de un malestar extraño, que unos médicos calificaron de neurastenia y otros de lesión cardíaca.

Apenas repuesta, continuó su viaje á España, sólo para cumplir un ineludible compromiso en el Pabellón Oriental, de Cartagena, mas pronto traspuso otra vez las fronteras y debutó en el Scala, de Copenhague, en Septiembre de 1908.

Tengo á la vista diversos diarios daneses, y no es posible un mayor tributo de admiración que el rendido por ellos á la Fornarina. El *Dannebrog* dice en su número del 2 del propio mes, que con la gentil artista había enviado España á los países del Norte un rayo del envidiable sol del Mediodía.

En Suecia y en Noruega, también periódicos de la

importancia del *Nya Dagligt Allehanda*, y el *Svenska Dagbladet*, dedicáronla páginas enteras.

En Diciembre volvió á París, al Olimpia. Ya era sobradamente conocida, y el mundo aristocrático, como el artístico, se disputaban sus preferencias.

El 14 de Diciembre, en el palacio de Hamilton-Paine, en cierta comida de gala dedicada á la Infanta de España, doña Eulalia, cantó Consuelo su más selecto repertorio. En aquel acto, á que asistieron diplomáticos como el general Winslow, literatos como Marcel Prevost, y aristócratas como Lambert de Saint-Croix, dieron tono de gran dama á la humilde madrileña, porque no obtuvo el trato amable que en casos semejantes reciben los artistas, sino todos los honores de una invitada.

El día anterior cantó por vez primera su famoso *cuplé* "Clavelitos" en una fiesta genuinamente española que presidió nuestro embajador, en el minúsculo y elegante teatro Fémina, propiedad de la revista parisién de igual nombre, construído pocos meses antes.

En esta fiesta, un hombre célebre, Santos Dumont, intentó una aventura con la cancionista española. El famoso inventor es, como se sabe, de menguada estatura, enjuto de cuerpo y de tostada epidermis. Ofrece,

pues, un desmedrado aspecto. Consuelo oyó por vez primera una declaración de amor (?) á la americana... Rechazóla suavemente, dulcemente, sentimentalmente, como quien sufre al resistir. Su frase circuló por París, porque tuvo mucho y muy escogido público.

“Hombres como usted—le dijo—se deben á la ciencia. No me perdonaría jamás que mi amor agotase su talento...”

En Enero de 1909 debutó en el Krustall-Palast-Theater, de Leipsig.

Su mes de estancia en esta ciudad fué una serie constante de homenajes y fiestas. En parte alguna como allí se la agasajó. La aristocracia de la sangre y la del dinero organizaron banquetes fastuosos, conciertos magnos, bailes originales en su obsequio.

El *flirt* era constante, pero Consuelo se defendía cuanto en sus circunstancias se habría defendido la más fuerte mujer. Las cartas incendiarias de C***, mantenían en la española hembra el recuerdo de aquel amor, al rojo blanco. Más de una vez pensó ella romper todos los contratos, huir de fiestas y agasajos, y correr á París para estrechar entre sus brazos al preferido... Pero surgía á sus ojos Mr. Marinelli, su bondadoso empresario, á quien debía sus gloriosas

exhibiciones, que la llevaba de contrato en contrato y de triunfo en triunfo... y reprimía sus exaltaciones sentimentales hacia C***.

En Leipsig fué donde al final de una fastuosa cena de hombres solos (con excepción de la Fornarina y su amiga), saltó la conversación á lo sobrehumano, al "más allá"..., y, como consecuencia, á las ciencias ocultas.

Todos los ojos se volvieron á uno de los presentes, hombre de edad madura, irreprochable en su vestir y en su educación. Sus amigos encomiaron á las madrileñitas las facultades asombrosas de aquel hombre, en materia de adivinación y nigromancia.

Mediaron chistes, risas, bromas, y entre burlas que parecían veras, y veras que semejaban burlas, tendió la Fornarina su maravillosa mano, una de las más admirables perfecciones de aquel cuerpo que tantas reunía; y el mago del frac, posó sus ojos en la palma rosalina apenas surcada por tenues líneas.

Negose él, cortesmente, á leer en aquellos signos.

Pero su negativa espoleaba la curiosidad de los presentes, y los ruegos repetíanse sin cesar. Dibujóse una sonrisa angustiosa en el severo rostro del caballero. Entonces la Fornarina, tiernamente obstinada,

con felina habilidad y desvanecedora sonrisa, puso precio al deseado augurio: ¡un beso!

Los besos de Consuelo han sido lo más libertino de la excepcional artista: ellos se dieron sin amor; ellos se unieron á veces con pasión estremecedora; ellos se negaron á fabulosas recompensas; ellos se vendieron en fiestas de caridad por cifras respetables; fueron caprichosos, volubles, tercos, frívolos, incansables, fáciles... pero siempre ambicionados, y en algún caso, robados por sorpresa.

El beso que á cambio de un vaticinio ofreció aquella noche al aristócrata nigromante, venía siendo desde el comienzo de la cena codiciado galardón de los presentes; así que al escuchar de los rojos labios la enloquecedora ofrenda, el augur no supo resistir la tentación...

Cogió la mano de Consuelo y observóla, mudo, breves instantes.

Se hizo el más solemne silencio.

Un frío sudor cubrió la frente del augur.

La cancionista dióse cuenta de ello, y con su vocecilla ligeramente temblorosa, interrogó: "¿Catástrofes?... ¿Traiciones?... ¿Fracasos?..."

—No—replicó el lector del porvenir.—Al contra-

rio: amor inmenso, éxitos crecientes; gran fortuna...

—¿Gran fortuna? ¿Y pronto?—preguntó ávidamente ella.

—Pronto—afirmó el caballero—la conseguirá usted; en plena juventud; pero...

Dijo esto en francés, idioma usado allí hasta aquel instante. Y luego, en alemán, invitó á sus compañeros á observar cómo en la palma de la mano de Consuelo cortábase la línea de la vida en su punto medio.

Ignoraba el nigromante que Consuelo conocía el idioma alemán.

Y cuando la vió palidecer sin perder su sonrisa habitual, comprendió su indiscreción. Quiso enderezar el entuerto, pero inútilmente. La madrileña y su amiga rieron más que nunca y bebieron champaña, vino predilecto, por no decir el único, de Consuelo... También los otros concurrentes rieron y bebieron... Pero una hora después, entre charla y charla, como obedeciendo Consuelo á una pertinaz preocupación, preguntó inopinadamente:

—¿De modo que me sonreirá la fortuna? ¿que seré rica en plena juventud?...

—En plena juventud—repitió con extraña amargura el interrogado.

—Entonces, ¡venga la muerte cuando quiera!—exclamó la Fornarina.

Y estampó un sonoro beso en la frente del absorto nigromante.

No fué alegre aquel final de fiesta; en carruaje retiráronse solas, mudas y preocupadas ambas damitas.

Ellos, envueltos en recios abrigos (20 grados bajo cero marcaban los termómetros), encamináronse á sus casas, sin poder apartar de su mente sombrías ideas. Sólo uno dirigió sus pasos al casino.

VII

LA FORTUNA QUE PASA

ERA un judío, conocido en el mundo de los negocios por el rey de las pieles. El comercio de este lujoso artículo de abrigo y adorno estaba en Europa monopolizado por su familia desde un siglo antes, y su fortuna podía parangonarse con la de los más ricos millonarios americanos.

Aquella noche, el potentado judío encaminóse al círculo y se instaló en uno de los más apartados rincones del salón de escribir, junto á una encendida chimenea, en un ambiente de acariciadora tibieza.

Allí, pausadamente, meditativo y calculador, preparó un sobre, dentro del cual colocó su retrato y una carta, que redactó eligiendo las palabras una por una...

El retrato, que sacó de su cartera, era un precioso

trabajo fotográfico: reproducía sólo su cabeza desarrollada, de ancha frente, pequeña nariz corva, labios tenues, grandes ojos azules claros, casi blancos; bigote rubio con guías elevadas y escasa cabellera peinada hacia atrás.

La carta decía:

“Señorita: Como somos muchos los que hemos tenido hoy el honor de cenar en su compañía, le adjunto un retrato para que no se le ofrezcan dudas respecto al autor de esta misiva. Me llamo Hugo de Kænisberg, y la suplico se informe respecto á mi posición social y mi fortuna. Una y otra son en absoluto para usted si me concede por siempre su compañía y sus caricias. Medite la respuesta. Ya que á Paris se dirigirá usted en breve, prefiero me la exprese usted desde allí, por escrito, á fin de que sea todo lo sincera que deseo.”

Firmó y luego leyó detenidamente por dos veces lo escrito.

Esta especie de carta-cheque llegó á manos de Consuelo cuando despertó al siguiente día.

El horóscopo había dado motivo de larga conversación á las dos amigas, y cuando Nati logró el sueño, allá al amanecer, aún Consuelo revolvía en su magín las palabras del mago y sus anhelos de riqueza, con

la idea de su muerte prematura. Ya muy avanzado el día, la preciosa muñeca abrió sus ojillos al pálido sol de un rudo invierno.

Sentadas ambas amigas en el lecho, como colegialas traviesas, leyeron innumerables veces la fantástica epístola. El retrato pasó cien veces de unas manos á otras; buscáronle defectos; hicieron chistes mil á su costa; surgieron comparaciones y, entre risotadas, discutiose la verosimilitud de lo que en derredor de Consuelo ocurría.

Por la tarde, en el mismo hotel, supieron que Hugo de Kœnisberg no mentía cuanto á su riqueza. Su sólo nombre hizo brotar otro, instantáneamente, de labios del *comptable*:

—Rostchild... Los Rostchilds quizás no sean tan ricos como los Kœnisberg... ¿Cuántos millones? ¡Quién lo sabe! ¡Quién lo sabe!—repetía aquel empleado del hotel, rechoncho y calvo.

Era cosa de meditar la carta. Consuelo revolvía su contenido y el horóscopo... ¿Sería la de Hugo la fortuna anunciada por el mago? De vez en cuando vibraba en su mente el nombre de C***, que, más apasionado que nunca, la esperaba en París...

Pero *lo otro* era la realización del más estupendo de

los sueños; algo entre divino ó infernal, pero siempre sobrehumano...

Aquella noche sintiose repentinamente enferma. Parecía reproducirse la dolencia que la aquejó tiempo atrás en París. Esta vez las molestias eran mayores: postración, dolorosas punzadas en el bajo vientre, excitación cerebral...

Fué una triste noche en que la dolencia se hacía menos tolerable por las sensaciones morales; el horóscopo revoloteaba por la silenciosa alcoba. Creyó que en aquellos instantes se precipitaban los hechos: sus éxitos escénicos, la fortuna inconcebible de Hugo, y en seguida la anunciada muerte en plena juventud... Y sobre estas cavilaciones, los dolores angustiosos, el insomnio, su agitación.

Inútilmente prodigábala Nati sus consuelos.

¡Si hubiese estado allí C***!

El amor único, el de siempre, aparecíasele como su verdadera senda de felicidad. De buena gana habría contestado en aquel momento, en plena madrugada glacial, al millonario, renunciando á sus riquezas y á su porvenir espléndido, á cambio de anular el vaticinio y alcanzar la vejez con sólo un mediano pasar, en brazos de su amor único.

¡Terrible noche de pesadilla!

Con la luz solar pareció renacer la calma en la inquieta figulina. Sin embargo, como los dolores no cedieran, llamóse á un médico.

No fué Consuelo muy explícita con él, respecto á su pasada vida, ni á la grave dolencia adquirida en aquellos lejanos y fragosos días; pero el facultativo no tardó en resumir sus impresiones. "Hay que reconocer esa matriz"—dijo lacónicamente.

Él mismo indicó el nombre de un afamado especialista.

Por la tarde, Consuelo, aprensiva como nunca, dispuso su reconocimiento para dos días después.

La opinión del especialista fué categórica: debía practicarse una sencilla intervención quirúrgica.

Consultóse la situación con C***. Este y Nati votaron en pro. Pero Consuelo sentía un invencible terror hacia el instrumental médico, y prefirió consultar otras eminencias, entre ellas un español de gran prestigio en Alemania. Todos coincidieron en el diagnóstico, y también todos anunciaron el peligro que entrañaba cualquier retraso en operar. Á pesar de ello, la gentil hembra, bajo fútiles pretextos, prolongaba la fecha de la operación... y visitaba nuevos médicos, sin

hallar uno sólo que disintiera de sus compañeros.

Y como recobrase su apetito y su bienestar habituales, fué cayendo lentamente en olvido la idea de una intervención quirúrgica.

Entretanto, persistían en la damita las vacilaciones respecto á Hugo de Kœnisberg. Su compañera y ella misma, comprendían las ventajas de la fastuosidad; pero españolas y jóvenes ambas, sentían todos los escrúpulos de conciencia que en amor sintieron siempre las hembras románticas de nuestra raza. Aquel enamorado C*** tenía su mayor fuerza en su propia debilidad de bohemio, literato y pobre.

Sin una negativa contundente, vió Kœnisberg llegar la hora de regresar la artista á París. Impasible cumplidor de su palabra, no apremió, ni siquiera hizo alusión alguna á su carta. Por el contrario, severo y amable, tuvo un rasgo de *nabab* en aquellos momentos: puso á disposición de las viajeras un tren especial compuesto de un coche-salón; otro, dormitorio, con baño, y un comedor-cocina, con cinco servidores inteligentes.

Pocas mujeres habrían resistido este deslumbrador alarde de esplendidez.

Pero Consuelo, tres estaciones antes de arribar á

París, recordó que había anunciado su viaje á C***, y pensó que éste la esperaría ebrio de pasión, sin que ella acertara á explicar su regio sistema de transporte; y temblando de emoción y de amor, apeóse con sus equipajes en un pueblecillo del tránsito, donde esperó el paso de un tren ordinario, que sin resquemores ni sobresaltos la dejase en brazos de su adorado.

Hugo no recibió respuesta jamás de la Fornarina; pero dióla por recibida cuando por sus criados supo el anticipado abandono que de su tren hizo ella antes de llegar á París.

También C*** supo lo ocurrido. Ignoro cómo ni dónde. Tal vez ella misma, en un alarde de amor é independenciam, se lo confiara al periodista. Ello es que C*** no agradeció el generoso proceder de Consuelo, por excesivamente extraordinario, ó porque no creyera en la absoluta inocencia del *flirt*. Nueva tempestad se desencadenó en París, en el modesto cuartito de la calle Godot de Mauroy. El huracán pudo haberlo arrasado todo, si el compromiso de un contrato en Bukaresth no pusiera tierra y tiempo entre los amantes.

Después, Viena, Frankfort, San Petersburgo... sin

oir otra música que la de los aplausos, idioma universal del entusiasmo.

En Junio de 1909 reaparecía la Fornarina en París, en el Concert des Ambassadeurs; y en Agosto siguiente, los más prestigiosos diarios de Londres publicaban su retrato y anunciaban su *début* en La Alhambra, de la ciudad de las nieblas.

De siete libras era su sueldo por semana. Alteróse cuanto es posible la flema británica en torno de la cancionista española; y en Londres permaneció la agasajada hasta los últimos días de Octubre.

C**, que nunca ha negado su escasa afición á los viajes marítimos, desechó esta vez sus recelos y cruzó el alborotado canal de la Mancha. En Londres vivieron una existencia calcada en las legendarias costumbres inglesas. No hubo banquetes ni fiestas, ni siquiera amorosos devaneos... Caminatas por la inmensa urbe y sus alrededores, Alhambra, y después, la tertulia de españoles en el café Royal, de Regent-St.: he ahí su vida londinense. Antes de la media noche ya estaban en su nido de hotel los enamorados.

En el Royal, reuníanse invariablemente C**, Lerroux y Ramiro de Maeztu. Este último por independiente, y el diputado republicano por razones políti-

cas, no rehuían el trato de agitadores y terroristas de todos los países, refugiados en Londres, y claro está que la atrayente madrileña no negaba á los mismos su saludo ni su picaresca charla.

Pero cierta mañana, los dependientes de la Agencia teatral Marinelli advirtieron á la Fornarina que la policía inglesa espiaba sus pasos, y que á diario se cambiaban comunicaciones entre Scotland Yard (Dirección de Seguridad), la embajada de S. M. Católica y el Gobierno español.

Creíase á pies juntillas en una formidable conspiración española, de la que era alma y eje la madrileña. Se le llegó á indicar la conveniencia de abandonar las islas británicas; pero ella, al oír la proposición, rompió á reír con tan escandaloso aparato, que desde el último agente de la brigada de investigación anarquista, hasta el propio embajador, sintieron todo el ridículo de su situación.

La Fornarina podía conspirar contra la salud, y tal vez contra el bolsillo de las más emperingotadas personalidades; pero contra los gobiernos constituidos, ¡nunca!

Pocas mujeres habrán existido más burguesas que Consuelo, en el orden social.

Ramiro de Maeztu, en una ingeniosa crónica (*La Correspondencia* de 15 de Septiembre de 1909) aludió al bufo error de la célebre policía inglesa.

De Londres, á Alemania otra vez. Ovacionáronla como en anteriores temporadas en el Apollo-Theater, de Berlín; y en pleno éxito, cuando la rodeaban los aplausos, el amor, y la lealtad (estaban con ella C*** y Nati), de nuevo aparecieron aquellos síntomas morbosos iniciados en París, y luego exacerbados en Leipzig.

Esta vez no quiso la enferma el consejo facultativo, y disimuló cuanto pudo sus sufrimientos, ante quienes la rodeaban.

Con las primeras flores parisinas coincidió su presentación en el Olympia, de París, en una de esas famosas revistas de inverosímil argumento y espléndida *mise en scene*, características de Francia. *Le Nouveau Siecle*, del 3 de Abril de 1910, la dedicó un delicado madrigal titulado *La poupée de Nuremberg*. Sabido es que esta población alemana produce las más delicadas muñecas del mundo.

VIII

EL RETORNO DE LA GOLONDRINA

COMPLETAMENTE purificada de sus días del Japónés y de Actualidades, volvió Consuelo á Madrid en 1910. Hacía tres años que no veía su adorada patria.

El selecto público del teatro de la Comedia, la recibió el 4 de Mayo con flores y palomas.

Desde la víspera agotáronse los billetes en contaduría, y la coquetona sala del incendiado teatro parecía la noche del *début*, por el número y la calidad de los espectadores, preparada para una delicada fiesta aristocrática.

Antes de alzarse el telón, buen número de *corbeilles* perfumaron el *camerino* de la artista; eran de varios amigos que dejó en Madrid y que no la olvidaron.

Al aparecer ante la batería la grácil figulina, un cariñoso aplauso la acogió.

Ni aun así desapareció en Consuelo el temblorcillo revelador de su *paúra*.

Vestía espléndido traje, forma cupletista, casi largo, recatado de escote; y no lucía una sola alhaja.

Al adelantarse con su cesta de flores, cantando por vez primera en España su linda canción "Clavelitos", creyó no poder continuar: le ahogaba la emoción. El público comprendió lo que sentía la artista, y en silencio ó con alentadores murmullos, dejó que se afianzara...

*"¡Clavelitos! ¿A quién le doy claveles?
¡Clavelitos pa los churumbeles!
Que los doy con los ojos cerraos
y los traigo en el cesto,
á precio modesto
¡y pintaos!*

Lentamente lanzaba los claveles á los espectadores, que los recogían como amuletos de amor... Al terminar el *cuplé* una ovación delirante llenó de alegría el corazón de la madrileña.

Los espectadores de otros tiempos clavaron sus gemelos en ella: halláronla algo más gruesa, más seño-

rial en la apostura; su sonrisa ofrecía un ingenuo deseo de agradar; el rostro pálido, sin colorete apenas, recordaba marfileñas miniaturas; la voz, menos intensa que en sus primeras épocas, era flexible y arrulladora, y sus palabras llegaban á la sala con una precisión inexplicable.

Pareció la Fornarina una dama que distraía sus ocios cantando.

La Época, el sesudo diario conservador (5 de Mayo de 1910), acababa su extenso relato del *début*, con estas palabras: *La Fornarina se impone. ¡Fornarina forever!*

Parmeno escribió que Europa nos devolvía á la Fornarina *como nos devuelve nuestros vinos peleones, y nuestros aceites turbios.*

Betegón, que su voz melosa y acariciadora, seducía.

Julio Milego, recordando el cantar de los cantares, exclamó: "*¡Toda tú, eres hermosa!*"

Catarineu dijo que "*su espiritual y deliciosa sonrisa, cautiva y atrae.*"

Y cierto soñador, en una prosa poética vibrante, propuso una fiesta en honor de la que supo vencer siempre. "*La Fornarina está en Madrid*—escribía,—

Ella, realmente merece ser cantada, porque nunca hubo flor entre las flores con más dichosa carrera... Los pergaminos de su genealogía entróncanse con los pétalos de la gran aristocracia floreal. Aparte de la azucena y del lotus, acaso no haya surgido nada de la tierra que pueda comparársele. Si Homero resucitase, el óleo con que Afrodita unge el cuerpo de Héctor, en la Iliada, no sería de rosa silvestre, acaso fuese hecho del aliento de la Fornarina“...

Adivínase á través de esas frases un poema íntimo. Muchos hombres sintieron poemas semejantes en lo más hondo de su alma, pero no todos tenían facultades para entonarlos ni tribuna pública donde mostrarse.

Más tarde, aquella canción primaveral á la diosa, alcanzó humana realidad.

Por esta vez quedó desmentido el refrán: “Nadie es profeta en su patria.“ Madrid dispensó á su desamparada chicuela la más redentora consagración.

IX

EL REY

UNA noche asistió el Rey á la representación. Rió sin disimulo el gracejo de algunos *cuplés*. Tampoco mostróse parco en enfocar sus gemelos, ni la artista dedicó sino á él las canciones.

Al concluir la última, hizo Consuelo tan rendida reverencia al monarca, con tal dignidad y supremo arte, que el Rey se puso en pie para corresponderla.

El público aplaudió sin etiquetas ni reservas aquel magistral saludo de corte.

Alguien con autoridad para ello, indicó á la artista el agrado con que el Rey estrecharía su mano.

Pero sea por impaciencia del soberano, sea por tardanza inevitable de la artista en cambiar su traje escénico, ello es que salía Alfonso XIII de su palco cuando llegaba á él la Fornarina.

La entrevista fué en el pasillo, brevísima y cordial. Presenciáronla dos palaciegos, el empresario Tirso Escudero, un alto jefe de policía y contados curiosos.

—¡*Charmant!*—la dijo el Rey. — Me explico sus éxitos.

—Gracias, señor—replicó ella.

—Volveré—siguió el monarca,—porque su arte no se abarca en un solo día.

— Gracias — repitió Consuelo en el colmo de la emoción.

Inclinóse el Rey con expresión de sincero afecto en su rostro riente.

Ella no acertó siquiera á corresponder al saludo, y bajó los ojos, ruborizada, como una colegiala á la primera galantería.

Esta fué la vez única que Alfonso XIII cruzó la palabra con la Fornarina.

REVOLOTEANDO POR ESPAÑA

Las ocho representaciones contratadas en la Comedia, convirtiéronse en veinte, y antes de terminarlas, todo Madrid cantaba "Clavelitos", "Lo que no olvida la mujer", "La polichinela" y "La paraguayá", que en correcto francés dió á conocer Consuelo en el elegante teatro.

La idea de una fiesta en su obsequio fué acogida entusiásticamente.

Se fijó el 13 de Mayo, á la una de la tarde, para un banquete en Parisiana, frente á la sierra que perfuma á Madrid; entre los pinos de la madrileña Moncloa.

Fué una comida íntima que (según *Nuevo Mundo*) más pareció *el homenaje á un venerable académico que el rendez vous tributado á una artista de varietés.*

No hubo en la fiesta, sin embargo, excesiva gravedad: se rió mucho y bien.

Consuelo sentó á su derecha á Tirso Escudero, su empresario de la Comedia, y á su izquierda á Enrique Amado.

Allí se encontraron *amateurs*, pintores, periodistas y escritores de todas clases y opiniones desde Felipe Trigo hasta Martínez Sierra.

Consuelo brindó al terminar la fiesta. Su frase más oportuna, sin *pose* ni ficción, brotó espontánea. En alto la ancha copa, dijo:

“Porque nuestra patria sepa redimirse como en arte me he redimido yo...”

Conocida la manera de ser de Consuelo, su brindis prestóse á innumerables comentarios.

Después del almuerzo prolongóse la sobremesa hasta muy avanzada la tarde.

Empezaban á parpadear en lejanía las primeras luces de la capital, cuando en grupos retornaban á la vida ordinaria, festejada y festejadores.

Entre los fragantes pinares, ya en sombras, Consuelo oyó las primeras estrofas del soñador enamorado.

C*** estaba lejos, el ambiente era tibio y perfuma-

do, envolvíala la galantería; en su pecho crecía la gratitud al iniciador del festival...

¡Mujer, mujer!

.....

El 1.º de Junio de 1910 anuncióse el *début* de la Fornarina en el Novedades, de Málaga.

Díjose que su trabajo se pagaba á setecientas cincuenta pesetas por noche. No era así: su sueldo no pasó de cuatrocientas. Pero el rumor circuló y se aumentaron los precios de las localidades, con la consiguiente irritabilidad del público. Llenó, á pesar de todo, la más selecta sociedad malagueña la platea del teatro. Pero un populacho soez y ávido de obscenidades ocupó la entrada general.

Cultos é incultos oyeron en silencio las exquisitas canciones que acababan de aplaudirse en Madrid, y cuando cayó la cortina verde definitivamente, una gritería feroz, mezcla de injurias y aullidos, brotó en las alturas.

Consuelo, pálida, contrariada, apareció de nuevo en escena. La gritería arreció. Oyóse una voz ebria: "¡Que se desnúe!..."

Retrocedió la artista y cayó de nuevo el telón.

Pero el tumulto rugía como mil fieras hambrientas.

Y la figulina débil é indefensa, con inverosímil valentía, alzó con sus propias manos la cortina, y reciamente, jugándose la vida, escupió una frase explosiva: "¡Canallas!..."

Fórjese el lector el más horrible momento de una batalla cuerpo á cuerpo, y quizás no alcance á lo que pasó en el teatro.

Como manada de lobos furiosos abalanzáronse los alborotadores al escenario. Los contados caballeros de la platea que intentaron contener la avalancha, fueron arrollados. Por fortuna, en torno de la artista, ya se había establecido un cordón de agentes de seguridad. Aun así, intentaron romperlo varios osados, y ello dió lugar á duros choques; y más tarde, en la calle de Siete Revueltas (simbólico nombre en este caso), al pie del Hotel Inglés, donde se hospedaba la Fornarina, renováronse las protestas, afortunadamente más débiles á cada vez.

Consuelo no lloró esta noche como en Murcia.

En el primer tren que partió de Málaga, tomó asiento la artista. Desde el Hotel á la estación fué en coche descubierto, no modesta ni fugitiva, sino erguida, retadora... En lo profundo de su fino abrigo de viaje, acariciaba un precioso revólver de cinco tiros.

—¡Ah!—decíame años después la revoltosa muñeca—, no sabe usted lo que lamento haber tenido que traerme á Madrid aquellos cinco proyectiles.

Embarcó en Almería para Melilla; allí vióse agasajada por el elemento militar, nunca más galante ni con mejor motivo, porque la única salida que hizo (aparte las encaminadas al teatro) desde su alojamiento, fué para cubrir de flores las tumbas de las nobles víctimas sacrificadas en el barranco del Lobo, un año antes.

De Melilla á Palma; de Baleares á Barcelona.

Una sociedad de gentes adineradas tomó en la condal ciudad, á su cargo la empresa de Apolo. Hasta entonces había sido éste un destartado barracón de los arrabales, en la feria de teatrillos, circos, *bars* y cafetuchos que los barceloneses llaman Paralelo. La nueva empresa renovó decorado, pintó paredes, colocó butacas cómodas y elegantes, y rodeó el edificio de jardines, envolviéndolo todo en el más espléndido alumbrado.

No recuerdo espectáculo como el de aquella noche.

El público no se cansaba de aplaudir ni la artista mostraba fatiga. Á las tres de la madrugada seguían los espectadores aplaudiendo, y ella, cantando.

Pasó, por fin, una ráfaga de sensatez por la sala. y la luz matinal iluminó la salida del público del teatro.

C*** presenció el éxito. En sus vísperas llegó de París. Algún periódico envióle delicada felicitación por su doble labor de amor y arte cerca de la adorable mujer.

ObsequiÓla espléndidamente la juventud dorada (?) con jiras á los encantadores pueblecillos cercanos. Siempre la acompañó C***, sin que pudiese gozar de la intimidad del aislamiento junto á Consuelo, uno solo de sus admiradores.

De Apolo, pasó al Gran-Vía, teatro destartalado, ya desaparecido, donde la aplaudieron las más recatadas barcelonesas. Su actuación en este teatro la creó entusiastas admiradoras. Con tal motivo, un popularísimo semanario satírico (*Papitu* de 27 de Julio) escribió en sus columnas *Safo revive...*

Safo pudo revivir en alguna cabecita degenerada; no en Consuelo, que fué siempre, lo repito, muy femenina, excesivamente femenina.

De Barcelona, á Valencia. Luego, de un tirón, á Suiza, al Luzerner Kursaal; á Londres, á Holanda y á Dinamarca, donde nuestro ministro plenipoten-

ciario la sentó á su mesa, rodeándola de una brillante representación diplomática, literaria y artística.

En Diciembre de 1910, volvió á Barcelona para cooperar al beneficio de la Asociación de su Prensa, según promesa hecha en su anterior viaje. Esta fiesta, espléndida y elegante como todas las de su clase, ofreció excepcional interés, porque era la vez primera que en el teatro serio se "daba alternativa" á una cancionista. No fué graciosa concesión sino premio á la obra de la Fornarina, que dignificó la canción popular, desde el borde del abismo llamado café-concierto, hasta el pináculo de los grandes escenarios.

La empresa de Novedades aprovechó aquel éxito del beneficio de la Prensa, para contratarla, y los barceloneses acudieron constantemente á oirla, una vez más.

En la segunda función, ocupó ostentosamente una butaca de primera fila cierto viejecillo, de enjuto rostro, afeitado con pulcritud, niveos cabellos, vestido con severidad, que á cada frase de la cantante, subrayaba su intención con gestos y ademanes tan cómicos como llamativos.

El público sonrió la escena, y la propia Fornarina le

dedicó cuantas frases podían aplicarse al vejete, de las contenidas en sus *cuplés*.

Desde aquel día no faltaron: el vejete á su butaca, la Fornarina á sus burlas, y el público á sus comentarios.

Pareció hartó cruel el diario incidente, y *La Tribuna*, de Barcelona, dijo á la artista al final de un largo artículo sobre el caso: "*Graciosa señorita: yo la aconsejo que suprima de su número ese doloroso truco que podría titularse: El viejo y la Fornarina.*"

No es posible imaginar la impresión que en Consuelo produjo la sospecha de que el público pudiese creer que hacía ella chacota del inquieto anciano. Le llamó á su cuarto, y cuando el vejete temblón y emocionado, soñando imposibles, hallóse ante la perfumada muñeca; ésta, con tentadora sonrisa, preguntóle á boca de jarro:

—¿Es usted un caballero?

—Completo, aunque viejo—contestó él.

—¿Quiere usted—prosiguió ella nerviosamente—que conserve un recuerdo de usted?

El viejecillo se tambaleó de puro gusto.

—Pues bien—expuso Consuelo, ya sin sonrisas ni mohines;—yo conservaré ese recuerdo si usted me promete una cosa.

—El suicidio, si es preciso—dijo él, llevándose su derecha mano al pecho.

—Algo menos: que jamás vuelva usted á verme —exigió inexorable la artista.

El viejo sintió algo que obstruía su gáznate, y sin poder articular una sola palabra, salió del *camerino*.

Jamás repitió su truco con la Fornarina; pero con otras cupletistas, ¡siempre que pudol...

Es popularísimo en Barcelona, y concurre á todos los conciertos y teatrillos de *varietés*.

Y éste, al parecer, libertino escandaloso, antiguo y respetable farmacéutico, es un modelo de padres; lo fué de esposos, y no ha conocido otra mujer que la suya.

Histórico.

XI

DEVANEOS Y CUPLÉS

PASÓ Consuelo en Sevilla la semana de ferias de 1911, obteniendo ruidosas aclamaciones en las corridas de toros, ocupando una contrabarrera; en los teatros, y hasta en la calle.

Sus paseos por el ferial eran un tiroteo de piropos en torno de ella.

Pero no quiso actuar como artista. Sentíase pajari-
llo libre, y no por dorada y lujosa seducíale jaula alguna, en aquellos momentos en que toda la alegría andaluza parece concentrarse junto al Guadalquivir.

En Mayo, hallábase en Madrid, con los suyos, socorriéndoles con largueza, y realizando innumerables obras de caridad.

C*** continuaba en París. Los moscones revolotea-

ban pesadamente en torno de Consuelo, sin que obtuvieran de ella otra limosna de amor que su sonrisa, giocondina, por lo enigmática. Sólo aceptaba la conversación insinuante de aquel soñador que la dedicó sus primeras estrofas amorosas al finalizar el banquete de Parisiana, entre las frondas de la Moncloa.

A*** (inicial de su apellido), si no á seducirla, llegó á interesarla, y Consuelo escuchaba sus palabras como una música divina, que tal vez le recordara las primeras que le oyó á C***, hoy tornadizo y enfrascado en labor teatral reproductiva.

No podía A*** competir con C*** en lo de transformar á una mujer: habíasele adelantado C***, y sus ventajas no podían compensarse fácilmente. Pero ya que no esto, podía elevar á la linda muñeca á extraordinarias regiones de cultura, nueva apoteosis que su apasionado la brindara.

Él la llevó al Ateneo, entre la alegría de la gente joven y la protesta de los viejos socios encastillados en sus severas costumbres. Produjéronse hondas escisiones en el seno de la docta casa; pero el caso es que la Fornarina pasó por ella *"perfumando con su fresca carne aquellos salones"*, según dijo con gráfica expresión Javier Bueno.

Su tránsito por el Ateneo llevó en pos un interminable séquito de controversias. Se discutió su personalidad en todas partes, y tuvo amparadores apasionados y detractores implacables. Éstos, se manifestaron exaltadamente en cierto Círculo aristocrático. *España Libre* de Mayo (1911) explica el hecho como sigue:

“La presencia de la Fornarina en los comedores de un Casino de esta corte ha provocado la expulsión del socio que la invitó. La estupenda medida ha producido tal impresión entre los elementos del aristocrático Círculo, que, dividiendo á los socios en dos bandos, hace temer una verdadera debacle.”

La actualidad, por un motivo ú otro, no desamparaba á la artista.

Sosteníanla fervorosamente su soñador apasionado y los amigos del mismo, y en él crecía la pasión tanto como en ella la gratitud afectuosa.

Al partir Consuelo para San Sebastián, el idilio estaba á punto de convertirse en amorío.

Luego recorrió la cancionista algunos teatros portugueses, y á fines de Agosto hallábase en Vigo. En Vigo estaba también el soñador apasionado.

Allí las cosas avanzaron vertiginosamente. En tres

días la alucinada hembra olvidó cuanto no debió olvidar, sin guardar siquiera la discreción del disimulo. Los periodistas del país, la juventud alegre y algunos veraneantes diéronse cuenta del vivir abstraído de la parejita. Y lo que es peor: pusieron en la pista de lo que ocurría á C***.

Una carta lacónica y abrumadora ordenó á Consuelo que se presentara en Barcelona, donde la esperaba su amor de siempre. La madrileña no supo resistir. Á Barcelona fué. Puede suponerse la escena que se desarrolló entre ambos amantes. Pero la hembrita, negó, lloró, juró, postróse á los pies del celoso, y éste, sin prueba fehaciente de la traición, hubo de perdonar.

Mas una circunstancia imprevista, imposible de detallar aquí, dió pocos días después á C*** cierta prueba de la infidelidad de Consuelo. Ni aun así confesó ella, apoyándose en que tal prueba podía ser sencillamente un efecto de alguna fatal é inexplicable coincidencia involuntaria.

C***, doblemente amargado por la infidelidad y sus consecuencias, perdió en cierto momento la calma, y en poco estuvo que allí no se desenlazase definitiva y trágicamente el drama de la Fornarina.

La sensatez, personificada en una amiga leal, se so-

brepuso á todo, y la parejita regresó á París, llevándose Consuelo un justificado encono (más tarde perdonado) hacia el indiscreto amorador de Vigo.

Tras un breve reposo en el pisito de la calle Godot, la cancionista actuó en Viena, donde periódico tan sesudo como *Oesterr-Ungar-Revue*, la calificó de *la más hermosa española*.

En Enero de 1912 volvía á entusiasmar á los madrileños desde el escenario de Eslava, en un brillante festival de la Prensa.

El maestro Valverde la acompañó en el piano una vez más, y también una vez más la prensa hizo sonar todas las trompas de la fama en honor de Consuelo, de su músico y de su libretista, aclamados en grupo sobre la escena del remozado teatrillo.

Consuelo sentíase casi feliz, cuando de pronto llegó á sus oídos una absurda noticia... C*** alegraba sus días y sus noches con otra mujer que empezaba su carrera de *cupletista*; rival, pues, en arte y en amor. No sabía Consuelo que se trataba de un leve pasatiempo.

Y cayó en la más vulgar venganza amorosa: el desquite.

C***, al enterarse, con una refinada ironía no recu-

rrió á efectos melodramáticos; con gracejo cuenta el caso García Sanchiz en *La Noche* de 19 de Enero de 1912:

“El amante tomó una venganza pintoresca. Ni el puñal de Otelo, ni las pistolas de Werther. Correspóndele cierta propiedad sobre los programas de la Fornarina. Y ha prohibido á su fugitiva pasión que utilice ninguno de los cuplés famosos, los del boulevard, que Consuelo popularizó. ¡Pobre don Procopio, que ya no podrá seguir á su adorada Fornarina por esos escenarios del diablo! El buen señor... ha muerto á mano airada. Y he aquí descubierta la tragi-comedia de la Fornarina. ¡Divertido asunto de opereta! ¡Consuelo Fornarina asediada por los empresarios, en visperas de un viaje á Italia y á América, y sin poder canturrear en voz baja!... Realmente, ¿dónde ir sin repertorio?”

.....

No se explicarán el conflicto algunos de mis lectores. Otra artista lo habría solucionado creándose rápidamente un nuevo repertorio. A fe que no faltaron en este caso á la Fornarina letrillas con firmas prestigiosas, y Quinito y otros músicos aprestáronse á ponerlas en solfa, pero...

Es forzoso decirlo, aunque ello cause sorpresa no

grata: la Fornarina no tenía la menor noción de solfeo, y era tal su torpeza de oído y falta de memoria musical, que cada canción nueva constituía para ella un torturador esfuerzo, un martirio inconcebible, una empresa angustiosa. Desde que recibía el papel hasta que empezaba su estudio, pasábanse días y días, porque conocedora del padecer que la esperaba, ponía pretexto tras pretexto para prolongar la hora dolorosa.

Después, sus amigas íntimas y hasta sus servidoras, canturreaban el nuevo *cuplé*, y así, á fuerza de escucharlo de todos y á todas horas cerca de ella, iba la gentil Consuelo aprendiéndolo lentamente, fatigosamente, con constantes correcciones, con penosos tropezos, pero siempre sin rebeldía ni protesta, más bien con dulzura, con mansedumbre, con resignación.

¡Cálculése la fuerza de voluntad que revela esta labor, una, dos, diez veces, año tras año!...

De ahí que su repertorio fuese escaso. Aparte sus primeras canciones, no llegaban á cuarenta las que logró aprender en sus trece años de vida artística (1),

(1) He aquí los nombres con que se conocen los *couplés* cantados por la Fornarina:

¿Adónde va usted?

Peluquero de señoras.

Últimamente, era tal su involuntaria resistencia á las canciones nuevas, que, durante muchas noches, colocaba los papeles bajo la almohada de su lecho, en

Mis pretendientes.
Don Procopio.
Don Pirandón.
Matchicha.
El bazar.
El tranvía.
¡Sarasa!
El sátiro de *ABC*.
La llave.
La «Foinarinette».
La Polichinela.
El pigui.
El ojo de cristal.
La paraguaya.
¡Ven, Mimí!
La primavera.
La abuelita.
La echadora de cartas.
La Martinique.
Adiós, Ninón...
Luna-Park.
¡Cariño!
Clavelitos.
Soy neutral.
Lo que no olvida la mujer.
¡Oh, qué rubor!
Canción del Rhin.
La bandera.
El Carnaval de Venecia.
El último cuplé.

la supersticiosa creencia (no suya exclusiva) de que al despertar, las notas habrían pasado mágicamente del pentagrama á su linda cabecita, á través de lienzos y plumones.

No era, pues, una insignificante venganza la de C*** al retirarla su repertorio, porque la inutilizaba durante largo tiempo.

Por fortuna, la prohibición fué como lluvia estival; pasó rápidamente.

Tres días después de circular la noticia, el propio García Sanchiz escribía:

*Sepan todos que se retiró la prohibición de que Consuelo cantase sus celbérrimos cuplés del boulevard.
Ya el amoroso vengador ha serenado su espíritu.*

Y acababa con estos versos:

*Detente, enojado; no me azotes más;
que si bien lo miras, á tus carnes das.*

Pareció volver la paz á situarse "entre" los dos amantes. "Entre" he dicho, mas no en el corazón de ambos, porque en lo más profundo de ellos quedó por siempre ese poso de recelos y suspicacias que el amor propio vierte en el amor ajeno.

Un contrato en Sevilla (que entonces no llegó á

cumplirse por motivos ajenos á la artista y á la empresa) cortó su actuación victoriosa en Eslava.

Despidióse de su público madrileño el 8 de Febrero de 1912, y emprendió viaje á París el 10.

La víspera, en el estudio del fotógrafo Calvache, celebróse en obsequio de la artista una fiesta íntima, á la que sólo asistieron, del sexo bello, Consuelo, Nati y aquella famosa condesita que conoció la artista en sus tiempos del Salón Actualidades.

No asistió C***, que ya había vuelto á Francia, y así se vió ella libre de toda traba, entre amigos únicamente.

“La Noche, del día 10, describe como sigue la fiesta:

“Una veintena de artistas se reunieron á cenar ¡á las dos de la mañana! El menú lo pensó Consuelito y lo elaboró á brazo Consuelito. Hubo, pues, condumio, gramófono, arístón y orquesta de tziganos, canto y baile flamenco por la hermosísima Nati, y, como exquisito manjar, Consuelo se despidió de sus admiradores derrochando el divino caudal de su voz aterciopelada. Es indudable que Consuelo ha oido ovaciones enormes en su vida de artista, pero más sincera ovación que la que oyó anoche, jamás la escucharon sus oídos. Muy de madrugada se acabó la agradable fiesta, y á punto de despe-

dirnos llegó un telefonema de Sevilla rogando á nuestra paisanita aplazara el viaje, pues la inundación impedía que funcionaran los teatros. Como era natural, derrochóse el Champaña, el Borgoña, el Chianti, el Yepes, el dulce Cariñena, el ingenio... y las placas fotográficas."

Tal fué la fiesta. Calvache no debió guardar muy grato recuerdo de ella, porque años después no dispensó toda su acostumbrada delicadeza á quien desinteresadamente le evocó cierta memoria de la malograda artista.

Lo del derroche de placas no es una exageración: la "muñeca de Nuremberg" dejóse fotografiar innumerables veces, al contrario de lo ocurrido algunas noches antes, en que negóse resueltamente á figurar en un *cliché*, á solas con el torero Ricardo Torres "Bombita"; según unos, por no dar penas á una señorita barcelonesa, y según otros, por su repugnancia á todo lo taurino.

No hay tal repugnancia, aunque ella dijese otra cosa. Y el propio "Bombita" podría dar fe de ello.

Además de sus canciones en Eslava y en el estudio de Calvache, dejó oír su voz arrobadora en un concierto que organizó en sus salones *La Tribuna*, el 31

de Enero de 1912, donde entre los diversos artistas que actuaron, fué objeto de especiales preferencias la muñeca madrileña.

Á la salida de este concierto y dentro del auto en que regresó á su hotel, sintió un agudo dolor... Lanzó un inevitable grito, pero en seguida añadió: ¡No es nada...!

Nadie dió importancia al hecho, y sin embargo, aquel repentino dolor revelaba la insistente labor de una implacable dolencia.

Desde París, acompañada de C***, pasó al Hansa-Theater, de Hamburgo. Debía embarcar allí, según compromiso, con Marinelli, para New-York, pero la rotunda negativa de C*** á cruzar el Atlántico, hizola desistir del viaje.

Y aquí de los eternos viceversas de la vida: por amor á C*** no quiso Consuelo ir sola á New-York; y por haberse visto obligada á rescindir aquel contrato, sostuvo vivos altercados con su amante. ¿Veleidad, egoísmo, inquietud, desamor...?

Quizás esto último, porque al regresar C*** á París y quedarse ella sola en Hamburgo revivieron en la errante mariposa ciertos recuerdos, que por decoro propio no debieron surgir en su mente después de lo

ocurrido en Vigo. Como lenitivo á sus cuitas, confió-
las al papel, y de estas tristes fechas son las cartas pu-
blicadas á raíz de su muerte, en la Prensa de Madrid;
fragmentadas, naturalmente, lo cual revela que en sus
íntimas líneas había miel de amores y tal vez hondos
arrepentimientos... Consuelo nunca fué previsor en
su correspondencia, hasta el extremo de que lo más
interesante de ella, es impublicable.

XII

EL AÑO TRISTE

No fué el 1912 de grandes venturas para la Fornarina.

El amor no le fué propicio.

C***, distraído ó indiferente, no se preocupaba sino del trimestre.

Su dolencia minaba como un implacable roedor las entrañas de la adorable criatura.

El público, á cada instante más ingrato, no veía ni apreciaba la admirable labor regeneradora de la artista.—

El 4 de Agosto debutó en el Salón Llorens, de Sevilla. Véase lo ocurrido aquella noche, según *El Noticiero Sevillano*:

“Algunos que fueron anoche á verla (á la Fornarina),

sufrieron decepción. La célebre artista aplaudida siempre, lo mismo en España, que en Rusia, en Francia y en cuantos países se presentó, no tuvo en Sevilla la acogida que deseaba. Por venir á Sevilla rehusó dos contratos; uno, en Francia, y otro, en Austria. El año anterior estuvo en Sevilla por puro placer, y quedó encantada de nuestra ciudad. Al hacer su début anteanoche, imaginaba que se la recibiría con aplauso, y no fué así. En el acto rescindió el contrato. No fué posible convencerla para que lo cumpliese. Otros artistas menos impresionables fueron en su début rechazados por el público, y á pesar de esto triunfaron después. La Fornarina ha tenido aquí el mayor disgusto de su vida de artista, y se marcha. Así nos lo ha dicho el empresario, lamentando no haber podido convencerla para que se quede“.

Por fortuna no faltó el desagravio, doblemente victorioso, porque ella no abdicó del género de sus canciones, si puras y delicadas el día de su *début*, exquisitas y soñadoras en la noche de su reivindicación. De ésta, da exacta idea el propio diario sevillano del 10 de Mayo, en los términos siguientes:

“Al presentarse anoche la Fornarina después del serio disgusto que recibió la noche de su début, el público la tributó caluroso aplauso, que se reprodujo con más fuer-

za al final de cada cuplé. La gentil artista hizo derroche de su gracia inimitable; cantó deliciosamente y en el gesto y en el ademán fué su trabajo un dechado de elegancia y de esprit. Las ovaciones que en cada sección le rindió el público, fueron prolongadas y entusiastas. Su triunfo de anoche fué sin duda el mayor de su carrera."

Y tras el desagravio escénico vino el privado: jiras, tientas en los encerraderos, bailoteo con manzanilla abundante, en la Venta de Eritaña...

En Zaragoza, como en Sevilla, su *début* en Parisianna (7 Junio), fué un escándalo sin precedente en aquel teatro. Copio los comentarios de *Lealtad*, periódico aragonés del día 9:

"Es cierto que ayer, jueves, si bien fui á oír á la Fornarina, al que oí es al público, y de él tengo que hablar para lamentarme de su incultura y echarle en cara su grosería. Lo menos que se le puede pedir es que hubiera esperado que la Fornarina cantara para emitir juicio. Pero recibirla con pitos y siseos, ¿por qué? ¿Son demasiado elevados los precios? Pues que no vayan... Se quejan de lo mucho que la han anunciado... ¿y qué mal les hicieron con ello? Fué una patente muestra de inquina y de mal gusto. Y van á dar precisamente con quien de ningún modo merecía tales reproches."

También tuvo reparación el desafuero del *début*, porque el *Heraldo de Aragón* del siguiente día (8 Junio) relataba la segunda presentación de la cancionista, así:

*“A pesar de que no lo anunciaban los carteles, hubo *début*. ¿Cuál? El de la Fornarina, pues anoche es cuando verdaderamente asistimos al *début*. El público, guardando el respeto debido á la artista, la oyó, y así pudo apreciar el mérito de su trabajo y juzgarla luego. ¿Que cómo la juzgó? Pues como se merecía: colmándola de aplausos y reconociendo todos, los de arriba y los de abajo, que es justa y merecidísima su fama mundial.”*

Como en Sevilla, se la desagravió después en Zaragoza, con fiestas de Jota y banquetes.

¡Siempre las caricias en pos de las lágrimas!

Una excepción entre sus penas de este año fué su actuación en el teatro veraniego *El Bosque*, de Barcelona, á mediados de Julio. Flores y palomas, entre aplausos y vítores, anunciaron su aparición en escena. Sentía la artista extraordinario temor, aun momentos antes de presentarse. Envuelta en su *peignoir*, observó temblorosa por una mirilla del telón el aspecto de la sala.

No podía olvidar sus recientes y fragorosas batallas

de Sevilla y Zaragoza, pero estaba resuelta á no ceder en un ápice de su último repertorio, culto y artístico.

Y esta vez venció, á pesar de su estado físico, deprimido y casi doloroso, por efecto de la tenaz enfermedad.

Su belleza, sin embargo, manteníase subyugante, como siempre.

Por ella hubo sinsabores innumerables en más de un hogar barcelonés. Dos conocidos periodistas dirimieron sus celos (infundados ambos) á viva fuerza, y un conocido diputado catalán espléndidamente matrimoniado, fué causa, en el recinto del teatro, de un desagradable incidente entre Consuelo y la esposa de aquél, solucionado por la artista tan dignamente como merecía la infundada agresividad de la celosa.

Más que nunca dió que hablar la gentil mujer á la prensa barcelonesa. Columnas enteras se la dedicaron, y parecía ella adormecida en aquel ambiente de dulce hospitalidad, sin pasiones exaltadas ni pretendientes agobiantes. Si acaso, el recuerdo del tornadizo C*** ó las manifestaciones de su enfermedad, nublaban á ratos el cielo de su apacible existencia. Por entonces entregóse con cierta insistencia al éter. Según expresión de ella, *para olvidar*.

Mas todo este bienestar vióse turbado por el egoísmo de un empresario desaprensivo.

Venía desde tiempo atrás actuando en los *music-halls* de Barcelona, cierta *cupletista* de nombre francés, verdadera estrella de ese género que exporta la vecina nación con agrado de Cataluña. Nitta-Jo era un verdadero prodigio de dicción y de canto, y sus largas temporadas de actuación la habían hecho popular en la Ciudad Condal.

El citado empresario, sin otro objetivo que el lucro, bajo pretexto de presentar dos "estrellas" en un solo *elenco*, quiso ofrecer á los espíritus mezquinos el espectáculo de una competencia personal y odiosa.

Consuelo, enferma y sin consejeros de autoridad cerca, aceptó el contrato; y ocurrió lo que era lógico ocurriese: que la noche de su presentación en Noveidades, todas las simpatías por Nitta-Jo en pleno dominio de sus facultades, brotaron lozanamente frente á la Fornarina, enferma y deprimida.

El Liberal del 10 de Agosto se lo decía claramente á Consuelo: "*Estando tan alta en arte como lo está usted en el suyo, bajo el sayo de entusiastas se ocultan babosos reptiles, acechando la ocasión propicia para machacar la cabeza al idolo.*"

El propio diario censuróla que hubiese accedido á cantar hallándose enferma. Y cuando ella negóse á seguir un día más la innoble farsa de su empresario, y abandonó Barcelona, faltóle tiempo para escribir á *El Liberal*, desde París, la siguiente carta, modelo de modesta dignidad.

“Distinguido amigo: Acabo de leer con el gusto que siempre leo cuanto ese simpático periódico publica, el artículo en que habla usted de mi labor esa noche triste, última que trabajé en Barcelona.

Tiene usted razón en cuanto dice, amigo mio; pero si yo no accedo á trabajar en el teatro de Novedades, no hubiera faltado quien dijese que me asustaban las comparaciones con otras artistas. Mi respeto y mi agradecimiento al público de Barcelona impedianme cometer tal descortesía. Y enferma y ronca como un puchero—la salud nadie la tenemos comprada—, no vacilé en salir á trabajar, perjudicándome en mi salud y en mis intereses puesto que tuve que renunciar á un contrato en Trouville, para dar al público una prueba de mi buena voluntad.

No temo competencias ni busco rivalidades que no necesito y que á nadie aprovechan más que á los que pretenden lucrarse con ellas. Un empresario de Barcelona de-

ciame días pasados: "La noche que tú y otra artista os arranquéis el moño en el escenario... ¡qué éxito!"

¡Ya lo creo que sería un éxito para la taquilla; pero me río yo de lo que saldría ganando nuestra fama de personas educadas.

No crea usted tampoco que me halaga saber que una parte del público—una parte muy insignificante, desde luego—, se divide en dos bandos, uno para aplaudirme y el otro, como usted asegura, para "machacarme la cabeza" al primer descuido. ¡Pobre cabeza mía! ¿Qué les habrá hecho? Porque mi conciencia no me acusa de nada malo. Usted, bondadosamente, lo atribuye á la envidia; pero no lo creo... Tener que ganarse la vida como yo, cantando couplets por los escenarios y riendo siempre, aunque no tenga ganas malditas de reír, no creo que sea una situación muy envidiable...

Conste, pues, que salí á trabajar enferma y afónica para demostrar al público mi buena voluntad. Esto era lo único que me interesaba. Cuando mi salud sea firme, volveré á Barcelona y trataré de borrar el disgusto que haya podido proporcionar á ustedes mi repentina ronquera. Las ronqueras, no lo dude usted, pasan...

Pero, repito, que no busco competencias aunque tampoco las rehuyo... En mis correrías por los teatros de

Europa he trabajado con los principales artistas de mi género, y allí donde ellos alcanzaban grandes triunfos, yo me enorgullecía de mis pequeños éxitos... La gloria es muy grande, amigo mío, y cabemos todos sin necesidad de darnos empellones...

Allá para el invierno, restablecida ya mi salud, volveré á Barcelona, confiando, como siempre, en la benevolencia y cortesía de ese público, al que tantas atenciones debo, y sin preocuparme de la intención que puedan abrigar los que, como usted asegura, "tratan de machacar" mi pobre cabeza. Yo trabajaré lo mejor que sepa, con toda mi alma, y volveré á sonreír alegre...

Y cuando recuerde que hay quien me quiere mal, seguiré sonriendo siempre... pero con un poquitín de melancolía...

CONSUELO FORNARINA

París, 15 Agosto 1912."

Allá en Septiembre de 1912, Consuelo actuó en Lucerna y en Berlín. El éxito coronó á la cancionista española, pero no fué el último contrato excesivamente ventajoso. Aceptólo con un solo objeto: el de aprovecharlo para sufrir con el menor gasto un detenido reconocimiento médico por ciertas eminencias de la capital prusiana.

Como siempre, fueron unánimes las opiniones: había que intervenir quirúrgicamente. Y como siempre también, la linda hembra esquivó el consejo. Pero su propio convencimiento de la situación puso un nimbo de tristeza en sus ojos, y su ademán tuvo un encanto más: la resignación.

Sola, sin un amor definitivo ni un ensueño en lontananza, volvió á España, paseando su melancolía, bajo la eterna sonrisa seductora, por algunos escenarios del Norte.

¡Triste año 1912! Á su paso no dejaron de brotar algunas flores, mas sin aroma alguno...

XIII

EN INTIMIDAD

EN los albores de 1913, la Fornarina había alcanzado toda la posible popularidad, todo el perfeccionamiento en su género, todo el apogeo de su hermosura. Puede decirse que estaba terminada su labor personal.

Bastáronla diez años, que no es mucho, habida cuenta de su origen.

Sus canciones ofrecían todo el encanto de las *lieder* alemanas, sin intención apenas en la letra, casi recuerdos musicados, con un fondo nostálgico muy en consonancia con el alma de Consuelo en aquella fecha.

“Canción del Rhin” es el más acabado modelo de este género. Triunfaba con ella á fuerza de delicadeza y personalismo.

De aquel repertorio de sus primeros tiempos, y aun de los que pueden llamarse medios, apenas cantaba "La Polichinela". Pocos públicos coreaban ya aquel popular estribillo:

*"¡Cata, catapum, catapum!... ¡Canela!
!Alza pa arriba, polichinela!", etc.*

Tobías, el adorado muñeco tantas veces agitado en las nacarinas manos de la artista, descansaba de sus rítmicos movimientos en el fondo de un baúl.

Alguna vez, cuando en un teatro de provincias resonaba entre aclamaciones una voz que la pedía ciertos *cuplés* antiguos, sentía Consuelo un escalofrío de rubor.

Los públicos seguían atemorizándola como en los albores de su vida escénica. Ni una sola vez presentábase ante la batería sin antes santiguarse, buscando á tal fin el más oscuro rincón del escenario para evitar burlas y comentarios.

Bien es cierto que en su espíritu anidaba fácilmente la superstición, que ella confundía en ocasiones y aun mezclaba con la religión. Así, mientras con la derecha mano hacía el signo redentor, con la izquierda asegurábase de que estaban en su sitio los dos inseparables

amuletos: un pedacito de coral, que la regaló una agorera española, y un diminuto elefante de hueso, obsequio de un "pitoniso" francés.

Pero ni los amuletos ni su fe religiosa servían á Consuelo para defenderse de su indecible miedo en vísperas de sus presentaciones públicas, sobre todo cuando se la venía á las mientes la idea de que pudiese fatigar su corto repertorio.

Ya dije antes que su absoluta falta de memoria musical poníala en angustioso trance cada vez que tenía que aprender un *cuplé*. Pero no poco contribuía también á su tortura la pereza que la dominaba en todas ocasiones. ¡Pereza para estudiar, pereza para andar, para moverse, hasta para pensar! Era, sin duda, como un sedimento de su vida agitada anterior, de sus abusos físicos, de su horrible enfermedad primera... No se explica de otra manera el contraste entre esta pereza y aquella vivacidad característica en 1903.

En escena, esta pereza confundíase con la elegancia. —

Porque mis lectores tal vez se sorprendan si les digo que aquel parsimonioso andar de la Fornarina, aquel su paso menudo, aquel lento gesticular, aquella encantadora laxitud no eran sino torpeza habilísima-

mente vestida de originalidad por el maravilloso ingenio de la artista.

Nunca intentó danzar, por deliberado propósito de mantenerse dentro de su género sin veleidades ni vacilaciones; pero cuando alguna vez la canción obligábala á insinuar... sólo á insinuar, un baile, yo sé cuál era su esfuerzo para realizarlo.

Esa misma pereza llevóla al éter y puso en sus labios el cigarrillo egipcio.

También la pereza envolvió su figura en una suprema distinción, digno *pendant* de sus gustos aristocráticos á cada instante más selectos. Carmen de Burgos, con este motivo, recuerda oportunamente la conocida observación de que "*un criado siempre es un criado; mientras que de una hija del pueblo se puede hacer una duquesa*".

Duquesa pareció siempre Consuelo, mas duquesa española, con ribetes de maja y altiveces principescas, conjuntamente.

José Sánchez Rojas, al ver á la artista en la morigerada Salamanca, la juzgó briosamente, sin prejuicios de ninguna clase ni debilidades de amor, y dijo en *Ciudad*, periódico de la universitaria capital:

"Consuelo habla á la carne de los adiposos y al cora-

zón de los románticos. Es ángel y diablo, mujer y hembra, niña y cotorrona, ingenua y pícara, asidua de la taberne Richelieu y vecina de rompe y rasga de la plaza de la Cebada. Siempre está bien. Emociona á la novia que sueña y al mozallón que jaranea entre dos luces. Es España con alma desdeñosa de gran señora, con espíritu pedigüeño de mendigo suplicante."

La distinción en Consuelo, á fuerza de estudiarla y fingirla, llegó á serle peculiar y espontánea, exenta siempre de vanidad. Su modestia fué en todas ocasiones extraordinaria.

En la cima de su popularidad habitó un piso alto en una humilde aunque céntrica calle de París, la de Godot Mauray, 49, sin lujo alguno, ni otro servicio que el de la portera.

Guisaba con primor Consuelo y se aprovisionaba personalmente en el mercado de abastos, por las mañanas, temprano, si no con una cesta cocinero, con la clásica red de las burguesitas francesas.

Aun en estos menesteres ofrecía encantos señoriles: sabía ponerse una elegante cofia mientras guisaba; y para realizar la limpieza de su casa, envolvíase en una tan picaresca gracia, que recordaba á las duquesitas desterradas tomando á broma sus apuros.

Su elegancia trascendía á los suyos y á quienes la rodeaban. Dígalo su íntima Nati, que supo conservar siempre una digna situación junto á la artista. Y cuando consideró imposible la transformación de sus afines, aun de los seres más queridos, mantúvolos á larga distancia, sin desampararles ni menos escarnecerles jamás, por muchos que fuesen los motivos. Huyó de toda sombra de bellaquería, y tan celosa se mostró en esto, que largos años se ignoró por sus más íntimos la existencia de cierto pariente suyo de dudosa reputación física, porque Consuelo negó siempre la afinidad de cuanto ofreciera contagio.

Como se ve, en ella fué una obsesión la elegancia, tanto como su afán de saber. Hablaba correctamente el francés y se hacía comprender en alemán y en inglés. De aquí no pasó su cultura general. Porque era de esos seres tan abundantes en España, que confunden el saber literario con la cultura general. Había leído mucho y bien. Su memoria, tan refractaria á la música, no lo era á la lectura; y en cierta ocasión, en un palco de la Zarzuela, sostuvo un interesante torneo de recuerdos literarios con hombre de tan prodigiosas facultades como el malogrado Luis Morote. Conocía toda la buena literatura española contemporánea,

algunos clásicos del siglo de oro y varios autores italianos é ingleses; pero su fuerte eran los escritores franceses, desde los románticos como Juan Jacobo, Hugo y Lamartine, hasta los analistas como Goncourt, Daudet y Zola, y los poetas escénicos como Mæterlinch (belga) y especialmente los psicólogos de mujeres como Prevost, Bourget, Flaubert, Pierre Luys... Con sólo esta copiosa lectura, cualquier mujer vulgar puede ser una artista del sentimiento y una observadora de la vida... Así que Consuelo, que nunca fué vulgar, alcanzó la más alta posición de *amateur* literario. De ello existen pruebas en su correspondencia privada, de la que copio algunos fragmentos ya publicados en la Prensa de Madrid:

"DESDE HAMBURGO

... Te dije que no me gustaba Hamburgo, y es verdad. No me gusta por su aspecto sucio. No tiene nada de artístico. Además, todas estas poblaciones alemanas son antipáticas. Berlín es algo más agradable. Tiene más ambiente de Arte "en lo que cabe". Paris es mi favorito de todo lo que he visto. No lo digo como la mayoría de las personas, que dicen que les gusta

París porque es elegante decirlo. No. Á mí me gusta por sus obras de Arte, que tiene muchas; me gusta por sus mujeres elegantes, que siempre tienen una sonrisa y una palabra dulce para todo el mundo. Me gusta por sus modistos. ¡Tienen tanto gusto en la elección de colores! Me gusta el público cuando trabajo, pues yo creo que me comprende más que ningún otro. Pero para estos alemanes todo es grande, todo es ¡¡colosal!! No tienen finura; en fin, que no me entran. Á mí me gusta todo lo que es ligero. Esta gente es muy pesadota. Alguna que otra vez, cuando tengo la dicha de oír una sinfonía de Beethoven, mi músico adorado, entonces me entra alucinación por ellos, reflejo de la que me inspira Beethoven, que es profundísima, puedes creerlo...

DESDE SEVILLA

... Hace un tiempo "asqueroso". No ha cesado de llover desde ayer y los días anteriores ha hecho muy mal tiempo. ¡Con decirte que me he hecho poner un brasero! Por cierto que me ha recordado mis buenos tiempos de lavanderita, cuando por la noche, al volver del lavadero llamado del Hipódromo, me sentaba

alrededor de la camilla mientras mi madre me contaba cuentos de pueblo, de esos que dan mucho miedo. Bueno, pues aquí nos sentamos *Nati et moi* y nos empezamos á reir y á recordar días pasados. Después, á eso de las diez de la noche, nos "encamamos", y hasta el día siguiente, que hacemos la misma operación: no hay medio de ir á ningún sitio con este tiempo. Todas mis ilusiones de Sevilla andan un tanto caídas á causa del tiempo...

... Ahora salgo y me acompaña un señor francés que vive aquí hace treinta años, cargado de familia y de miseria. Bueno, pues á este señor no me lo puedo quitar de encima, y á las dos de la tarde viene al hotel y ya no me deja hasta las siete de la noche.

Como hace mal tiempo, no hemos casi salido; solamente los dos primeros días á ver el paseo de las Delicias, que es encantador y debe serlo mucho más de noche.

Estoy loca con este tío. Estoy deseando acabar de ver los monumentos, como dicen aquí, para darle licencia absoluta. ¡Jesús qué tío!...

... Abrigo la esperanza de que Sevilla ha de gustar-

me más dentro de algunos días. A mí me pasa una cosa muy rara con las ciudades que visito, pues me gustan más los últimos días de habitar en ellas que á mi llegada.

DESDE COPENHAGUE

... Ayer fuimos á visitar la tumba de Hamlet, que está á hora y media de Copenhague, y es obligado cuando se viene á este país ir á visitarla. Me gustó más el paisaje que la tumba. Fuimos con el director de mi teatro, hombre bastante campechano á la par que poco inteligente. Pero, en fin, hay que hacer de tripas corazón y pasar algunas veces malos ratos.

Aquí están locos conmigo, y todo se vuelven artículos y fotografías por todos los periódicos, y el público me hace todas las noches grandes demostraciones de entusiasmo. Mucho más que en España, á pesar de que no me entienden ni "jota". Hay un periódico de aquí que ha dicho que vale la pena de ir á la Scala para admirar, no solamente mi arte, sino mis treinta y dos perlas, digamos dientes. Habla de mi boca y de mis ojos brillantes, y se lamentan de no entender la lengua de Cervantes.

Dicen que cuando canto me asemejo á un ruiseñor
por mi lindo metal de voz...

DESDE PARÍS

... Desde que he llegado no sé qué me pasa que no tengo un momento de tranquilidad. Me acometen ideas muy negras y siento una gran desconfianza de mí misma. No duermo, casi no como. No sé qué siento de fatal y de trágico. Por más que hago por borrar mis desdichas pasadas, no puedo conseguirlo. Estoy como un niño pequeño cuando le ponen en el arroyo, que todo se le vuelve mirar de un lado para otro, atontado, sin saber dónde meterse. Es triste que yo diga esto; pero es la realidad...

CONSUELO."

Á pesar de su ingenio, ó mejor dicho, á causa de él, nunca pensó seriamente en escribir sus *Memorias*, ni menos en escarceos literarios. Allá, en sus momentos de honda tristeza, dejó huellas de su alma sobre el papel; pero esto ocurrió en contadísimas ocasiones. De una de éstas son los renglones que, por curiosos, copio á continuación:

*“ Dans le coin le plus sombre de mon jardin
sous l'ombre poétique des vieux jarmins fleuris
ayant devant moi, la grand mer bleu
l'astre du soir suspendu dans l'espace,
dans cette nuit calme et tiède, presque orientale!
Mon cœur se donne à toi comme un fantôme
avec cette misterieuse poésie que trouvent les âmes,
dans les lieux de solitude où regnent les morts!...”*

No fué, pues, Consuelo un prodigio de saber; pero, aun dando de lado el mérito de su personal transformación, sobresalió del común de las mujeres españolas y no desmerece comparándola con la más culta artista nacional.

Como hembra, nada pudo pedir al Amor que Amor no la concediera, con la sola excepción de su mentor único. El duque de Oporto, cuando actuaba la Fornarina en Lisboa; el príncipe de P***, en sus días de Berlín, y un príncipe persa, durante las bodas reales de Alfonso XIII, tuvieron para la linda hembra asiduidades y anhelos fácilmente “explotables”. En Leipzig, pusieron á sus pies una de las mayores fortunas mundiales. Y, sin embargo, en 1913, esta indescifrable mujer carecía de fortuna y continuaba amando á su capricho, sin explotar belleza ni situación.

Sus más ostensibles devaneos fueron en torno de poetas y artistas. Teníalo á vanidad. Y, seguramente, si hubiese afianzado la holgada posición en que la sorprendió la muerte, su corte formáranla aristócratas del talento, pero jamás majaderos adinerados. Si pasó por ciertos amores más ó menos espléndidos, fué por ambición irremediable, y nunca pudo reprimir, á espaldas de los apasionados imbéciles, las más crueles burlas. Pero sus fragilidades espontáneas encarnaron siempre en literatos mejor que en eminencias científicas. Ello revela más sentimiento que inteligencia.

XIV

LA CARNE

QUIZÁS lo más extraño, lo más anómalo, lo inexplicable de la existencia de la Fornarina, sean sus debilidades amorosas, en plena pasión por un hombre que la sirvió de guía, de sostén, de amparador; el único, en fin, que (según propia confesión) la hizo sentir por vez primera el placer de los sentidos.

Oyendo cerca ya el rumor de las eternas aguas, la pecadora decía de aquel hombre adorado: *“Es mi pasión única; la de toda mi vida. ¡¡¡ÉL!!! ¡Ha sido tan bueno para mí!... Algunas veces me dió disgustos; otras, yo á él; pero los dos nos hemos perdonado siempre. Él fué mi guía; fijó mi vida; la encaminó en una dirección determinada. ¡Se lo debo todo!...”*

Dichas estas palabras al borde de la tumba, no pue-

den ser puestas en duda. C*** llenaba el alma toda de Consuelo.

Los disgustos de que ella habla, carecieron de importancia casi siempre. Escenas de celos; desavenencias por discusiones inhábiles; jugueteos de él con una linda hembra no amada ni amante... Si algo ensombreció seriamente el corazón de Consuelo, fué una inexplicable indelicadeza de C***, que califiqué así, no en mi concepto, sino por boca de la ofendida.

Ella y él habían corrido duros temporales. La miseria había llamado innumerables veces á la puerta de su nido. Consuelo jamás había tenido, no ya una palabra de queja, ni siquiera un suspiro de reproche para su amante; acaso, lejos de esto, luchara alguna vez ella sola por los dos.

Mas á partir de un estreno famoso en Octubre de 1910, cuando C*** empezó triunfalmente su carrera de traductor, Consuelo sintió todas las alegrías, todos los reposos del éxito logrado, que consideró como propio... Y esperó una de esas pruebas de mutua confianza, de alta compensación, naturales el día de gloria en los hogares perseguidos por el infortunio. Y la prueba esperada no llegó... C*** puso esa prueba de amor en otro hogar: el de sus padres.

En el fondo de este diminuto drama no había sino celos. En amor, los más graves conflictos son los de competencia. Pero un año después, C*** galantemente puso en manos de la amada el producto íntegro de otra opereta, también traducida por él, si no tan popular hoy como la primera, siempre aplaudida. Sobre el busto de la cancionista brillaron hasta su muerte las piedras preciosas de un collar, recuerdo de esta donación.

Pero no era ésta precisa para que C*** demostrara su amor á Consuelo. Sobradas pruebas tenía dadas, y cuando muerta la adorada, alguien pretendió airear las flaquezas de ella, no renegó C*** de aquel amor ni lo maldijo; redújose á expresar el dolor de su engaño y á escribir en uno de los más populares diarios madrileños, lo que copio á continuación:

.....
*“Lo malo es que cuando en medio de esos estercole-
ros cae, por desgracia, un hombre de corazón... Enton-
ces lo que empezó en sainete concluye en drama... Por-
que de todos los amores que pudiéramos llamar “nor-
males”, por desgraciados que sean, queda siempre un
perfume de poesía, un vago recuerdo que nos envuel-
ve y acaricia, la melancolía de las cosas perdidas, una*

tristeza llena de voluptuosidad... Un retrato, la página de un libro con una fecha, un trozo de encaje, una cinta descolorida, evocan en nosotros momentos felices... Pero estos otros amores, los amores de la "mala vida", son desesperados, son crueles... Cuando cae la venda de nuestros ojos nos hallamos ante lo irreparable, y vemos el escarnio que se hizo de nuestros sentimientos... Shakespeare decía de una mujer: "¡la estaría matando toda mi vida!" Los que llevan el "mal amor" de una mujer crucificado en el pecho han de pasar después la vida entera dedicados á matar su recuerdo... ¡El mal recuerdo!"

No hubo, pues, hondas penas en el corazón de los amantes antes de su definitiva ruptura. Á partir de ésta es cuando se concentraron en breves días todas las amargas hieles del desamor, y aun en cierto rincón escondido de su última residencia, una efigie del ausente se lo recordaba á todas horas.

Antes de tal ruptura, no fueron hondos, como digo, los sinsabores. Al contrario; hubo todas las mieles del querer, todas las exaltaciones de la pasión, todo el grato sufrir de las impacencias, toda la paz de lo ansiado y conseguido; la felicidad, en una palabra. Cuanto relativo á estos amores inventaron de calum-

nioso la charla gárrula y la envidia, desmiéntelo Consuelo en horas de verdad.

¡Es el único —dice— es bueno, es mi todo!...

No caben dudas.

Y sin embargo, Consuelo en pleno amor por C*** parece olvidarle en otros brazos más de una vez.

¿Cómo es posible eso? ¿Por qué?... La mayoría de los hombres, con una exigua minoría digna de altares, comprendemos fácilmente las infidelidades al amor único. La realidad, sin análisis psicológicos ni fisiológicos, da contundente explicación al hecho. Sea por costumbre, sea por brutal tiranía, casi todos los hombres olvidan por un instante enloquecedor ó de abstracción, el más hondo, el más santo, el único amor de la vida. En justicia, condenan estos hechos la higiene y la moral. Pero el sensualismo, con su fuerza arrolladora unas veces, y la abulia en otras, saltan frecuentemente todas las barreras morales.

Y esto que la sociedad condena, aunque lo tolera en el hombre, cuando de la mujer se trata, conviértese en infamante estigma. ¡Lamentable desigualdad! Pero aún hay más. Dentro del sexo débil, la sociedad establece categorías y es más ó menos tolerante según

la posición de la pecadora... En este punto, la injusticia es absolutamente irritante.

No me explico dentro de la sana moral estas transigencias sino por el convencimiento disimulado que todos tenemos de que la bestia humana es irresistible cuando ruge...

El disimulo de ese convencimiento, no es sino un freno, un lenitivo, un sedante, pero no una cura definitiva. Así, de transigencia en transigencia, llegamos á ver sin asombro lo más anormal. Agréguese á lo que dejo dicho, con respecto á la Fornarina, el ambiente de sus primeros años, el contagio constante...

Expuestos esos puntos de vista sin ergotismos ni textos de fácil y aparatosa cita, sobra toda otra explicación de las fragilidades de Consuelo en pleno amor único.

Sin embargo, desde su liberación del bajo vicio, rara vez pasó por la mente de la hermosa hembra, la idea de venderse. Hubo, sí, en sus primeros tiempos de artista, ideas tan absurdas como la de hacerse famosa á fuerza de concesiones; y después, cambió dádivas por caricias; pero entiéndase bien, las *cambió* únicamente cuando lo apeteció su espíritu caprichoso, pero

nunca toleró repugnancias, ni menos, imposiciones.

También más de una vez creyó amar sinceramente, y hasta en ocasiones buscó el amor con ansias de asirse al definitivo, en horas tristes, sobre todo, sin hallar luego otra cosa que el desencanto... Así se explica que de cada infidelidad "exploradora" volviese Consuelo tundida, postrada, asqueada, arrepentida; y que llorase con abundantes lágrimas su fragilidad al volver sus ojos al único, al mismo, al que siempre resistió comparaciones y pruebas.

Estos arrepentimientos llevaban en pos ficciones y negativas cuando el amado ardía en celos.

Y este eterno flujo y reflujo de traiciones y arrepentimientos fueron la característica de esta mujer, que se estremeció mil veces al contacto de una mano acariciadora, pero que sufrió otras mil veces el desencanto de otros tantos ensueños.

Así fué.

Quizás de otra manera no alcanzara, con iguales méritos artísticos, la popularidad que gozó.

Y si tantas son las frágiles, y ésta sobresalió entre todas, reconozcámosla algo superior ó inferior á las demás, pero distinto sin duda alguna.

Tal vez Jacinto Benavente acertara cuando dijo que

la encantadora Fornarina *"llevaba dentro de si una bruja"*.

Tal era la situación moral y material de la artista en los comienzos de 1913, en el zenit de su personalidad, y á pesar de las amarguras pasadas en el año anterior.

DESASOSIEGO

TENÍA entonces la Fornarina una extendida reputación de manirrota en materia de trapos y perfumería.

Un error más á desvanecer.

La Fornarina vestía trajes de calle sencillísimos, ni siquiera avalorados por la firma de un modisto famoso. Encargábalos en casas de poca apariencia; y á veces eran producto de sus propias manos, auxiliadas por las de amigas y compañeras.

Su ropa interior carecía de encajes valiosos. Era, sí, de tela finísima, pero sin adornos estrepitosos, y siempre de microscópicas dimensiones. Sus camisas parecían las de una adolescente.

Su calzado no ofrecía incentivo alguno en la calle.

Era de corte y calidad irreprochables; pero severo, y sobre todo, cómodo. En medias, ligas y cintas, no fué aparatosa, y sentía horror hacia todo eso ampuloso y calculado, que ciertas *hetaires* creen irresistible.

La ropa blanca no era tampoco obra de un *linger* afamado. Adquiríala en donde la hallaba á su gusto; y últimamente la encargaba á ciertos conventos-asilos de Madrid con fines, al parecer, caritativos. Las buenas monjas, que no desconocían á su cliente, porque se hacía bordar en las prendas su nombre entero de artista, correspondían al piadoso encargo demostrando que no por usar ellas gruesos lienzos y estameñas, ignoraban los primores de sedasy batistas.

Á cambio de este sencillo modo de vestir diario, exageraba el lujo en sus trajes de escena, obra casi siempre de Landoff y Pascaud, de París; y en los de *soirée*, invariablemente de Paquin.

Respecto á perfumería, es cierto que después de aquellas sus odas al agua pura, fué lentamente aficionándose á los aromas ricos; pero en sus más exagerados derroches no pasó nunca de quinientos francos mensuales. No sucedía así habitualmente: sus gastos reducíanse á dos ó tres frascos de Houbigant, de setenta y cinco francos, que ella mezclaba hábilmente

con una esencia barata y originalísima que Consuelo afirmaba haber descubierto en un rincón ignorado del viejo París. Esta mezcla exhalaba un aroma realmente nuevo, con gran satisfacción de la artista, siempre anhelante de originalidad.

Los polvos eran de elemental composición y modesto precio, no por economía sino por temor á la acción nociva de las mezclas y combinaciones de los químicos perfumistas. Como histrionisa, un sencillo estuche de *rouge extra*, y un vulgar lápiz de carmín....

Para la calle apenas se maquillaba. De ahí, en 1913 aquella su tez pálida, de admirable transparencia extremada sin duda, por la cruel dolencia, que hacía parecer el rostro de la artista un ensueño de belleza, mejor que una maravillosa realidad.

Su voz ligeramente velada y tembladora, ofrecía inflexiones de dulzura exagerada; y en la conversación íntima tenía candentes tonos y acariciador acento, todo indudablemente artificioso tiempo atrás, mas en esta época, ya natural.

Á partir de 1913, la tristeza no la abandonó jamás; era su constante compañera.

Ella la calificaba de neurastenia. Yo la daría dos nombres: falta de salud y cansancio. De la primera,

no hay duda; el segundo, era inevitable consecuencia de un intenso vivir. Había gozado de todo, y aspiraba al reposo... que quizás también la llegara á fatigar.

Padecía inexplicables temores por todo: por su amor único, en quien no creía ya...; por sus éxitos teatrales... por su situación financiera, no muy desahogada... Y sobre todo, sentíase sola en el mundo. Sabía lo que podía esperar de los suyos, en el caso de que ella sufriese una caída.

Por último, adquirió una certidumbre horrible, que jamás había antes acudido á sus mientes: la de que por encima del arte y del amor, está el oro.

Cierto día, al despertar, ocurriósele pensar (así lo ha contado la protagonista) en su historia, y al recorrerla día por día, echó de ver que había sido una novela alegre y dolorosa, sin resultado definitivo, ni sentimental, ni positivista. ¡Ni amor ni oro!

Las ideas de Consuelo en aquel inolvidable despertar, no la parecieron un reproche sino una lamentable enseñanza.

Y desde aquel instante, tales ideas revolotearon constantemente en torno de Consuelo, alejándose más ó menos, pero sin abandonarla jamás.

Aquellas riquezas que años atrás le fueron ofreci-

das difícilmente podían retornar. “La fortuna es hembra”. Consuelo, fundadamente conocedora de los hombres, no se forjaba ilusiones óptimas. Buscaba, ya dolorida, no más que un tranquilo rincón. No disimulaba su anhelo: *Un hotelito sencillo, modesto, donde leer y hablar de arte*—decía la linda fatigada.

Pero, ¿cómo? ¿por qué medio?

Un día le dijo á Javier Bueno, hablando de amores, de hombres, y de edades: *He observado mucha más juventud en los viejos que en los muchachos de veinte primaveras.*

¿Qué quiso significar con la palabra *juventud*?

¿Energías sensuales? No; estaba ahíta de eso.

¿Ensueños? Tampoco; la edad los va secando como el sol estival la tierra.

¿Generosidad?... Acaso fuera ésta la significación que pretendió dar Consuelo á la *juventud* de los viejos.

Y la idea siguió aleteando entre esperanzas.

Pero había que vivir, y continuó sus *tournées*.

En Febrero de 1913, obtenía un éxito delirante en el Tívoli, de Barcelona, luciendo por primera vez mantilla blanca y peina. Cumplía su palabra dada en la carta al director de *El Liberal*.

Su belleza romántica seducía más que nunca, y tal fué su triunfo, que en la intimidad llegó á lamentarse del acoso en que vivía por parte de periodistas, de enamorados, y hasta de simples curiosos.

Dábase el extraño caso en aquellos días de ansias positivistas, de que se sintiese más soñadora que nunca. En Palma de Mallorca, decíale en 4 de Marzo de aquel año á un redactor de *Ultima hora*: *He dejado la materialidad de la vida para entrar de lleno en el romanticismo.*

Aquellas languideces parecieron marrullerías gatunas á muchos escépticos y desdeñados. Se la llegó á calificar de "ladina" en letras de molde, y un ingenioso semanario de Barcelona, *Satiricón*, de 27 Febrero 1913, puso bajo la caricatura de la cancionista, esta leyenda:

Pasa entre los franceses—por sevillana,—y entre los españoles—por parisina;—y es que tomando el pelo—nadie la gana,—pues da coba al más listo—la Fornarina.

Lista era, en el sentido que damos los españoles á quien vive ojo avizor siempre; pero no en el de preparar el tropezón ajeno en provecho suyo.

Por Abril, cantó en Parisiana, de Zaragoza; y en una *entreviú* publicada en *La Crónica*, de la capital

aragonesa, vierte la errabunda belleza estas palabras:

“Los atardeceres ejercen en mi temperamento una influencia extraña. Experimento una melancolía vaga y muy plácida. Me quedo absorta con la mirada volando en lejanía. No quiero encender luces en mis habitaciones hasta que cierra la noche. Las horas muertas me pasaría adormecida, soñando ó ensoñando. Siento una dulce opresión y tengo deseos de llorar, de suspirar, de besar al aire...”

Entre tales tristezas mordíala el miedo al ridículo, y riendo con estrépito, burlábase de sus nostalgias, y hacía vulgares chistes á costa de sí misma... Entonces, hasta sus íntimas amistades dudaban de la sinceridad de su sentimentalismo.

En Abril (día 17) apareció en Apolo, de Madrid.

Por esta época, como una golondrina vino siempre anunciando la primavera á los madrileños.

En Mayo, los vallisoletanos aplaudiéronla estrepitosamente en el Calderón; y el 13 de Junio, también en el Teatro de Verano, de Alicante. En esta ciudad, manifestó, una vez más, su persistente idea de retirarse de la escena, y concretó sus anhelos. En *Oro y Azul*, revista alicantina, de 16 de Junio, dijo que si seguía trabajando incansable, era por lograr una renta de dos

mil pesetas mensuales, para vivir en una cómoda modestia.

También *Por Esos Mundos*, del propio mes, publicó una entrevista de Consuelo y Abelardo Fernández-Arias, por quien ella no ocultó nunca vivas simpatías personales. De ahí la sinceridad de estas confesiones. Empezaba á preocuparla la posteridad. No sentía por su homónima la adorada del de Urbino, sino la envidia de verse immortalizada por un lienzo como el existente en el Louvre. Concedía escaso valor á la fotografía, por su efímera existencia; y con tristes y acertados presentimientos de temprana muerte, sospechaba que á su fallecimiento la Prensa publicaría sus retratos como nota de actualidad, únicamente, y después... ¡nada!

Así hablaba la artista á Fernández-Arias, y justo es consignar, que no era la Fornarina mal augur de sí misma.

Y á propósito del lienzo por ella anhelado, debe saberse que su indomable pereza fué causante única de no lograrlo, porque me consta que la brindaron perpetuar su efigie varios pintores, entre otros, uno de los más insignes modernos.

Gustaba aún, en el verano de 1913, de ciertas exhi-

biciones ruidosas, como oasis en el desierto de sus nostalgias, y fué objeto de afectuosas muestras de popularidad durante su permanencia en San Sebastián, aquel mes de Agosto; pero cuidando siempre de evitar reproches de C***. Así sintió como un lancetazo la noticia publicada en un periódico de Madrid, detallando cómo en pleno andén de San Sebastián, al partir el torero "Joselito" le había Consuelo besado sonoramente. La Fornarina, en un enérgico telefonema pidió la rectificación de la noticia al periódico que la publicó. Pero el hecho era cierto.

¿Porqué le besó? Sin duda por afán de exhibición, pero también por uno de aquellos estremecimientos de la carne tan frecuentes en la humanidad.

En San Sebastián aún pareció que reverdecían los amores únicos. C*** y Consuelo se vieron, pero la niebla glacial de la desconfianza envolvía ya á los amantes. Al partir ella para Santander, en cuyo Salón Pradera debutó el 4 de Septiembre; las ideas sobre el bienestar material y la juventud de los ancianos, revoloteaban confundidas muy cerca de la Fornarina.

En el otoño de 1913 la vi en el Palace-Hotel de Madrid. Aún no era definitiva su ruptura con C***, puesto que ella se preocupaba de él, y le calificaba dura-

mente ante cuantos la hablaban. Esta aparente odiosidad no revelaba otra cosa que amor: era algo así como el estallar de su pena.

Entonces paseó por Madrid todo un repertorio de reproches, quejas y dicterios para el ingrato. No podía habituarse al abandono de quien era para ella una costumbre y un consuelo. Su dolor estallaba como una granada que vomita la destrucción destrozándose á sí misma. Aquellas injurias chorreaban pasión, y ni uno solo de cuantos las escuchamos, pudimos creer en su sinceridad.

También creyó estratégico hacer aparatosa exhibición de sus pretendientes, suponiendo en su desatentado despecho que aquel cortejo de aspirantes la retornaría el perdido amor.

Vano empeño.

Ni la noticia de sus escarceos amorosos, ni los escándalos de cierto incidente de joyería, merecieron la atención de C***.

Llamo "incidente" á una venta de joyas hecha por Consuelo, seguida de un litigio judicial resuelto después en su favor, con exagerado revuelo de prensa.

Durante prolongados días, la Fornarina sintió la obsesión del insulto por C***.

Visitaba con asiduidad la redacción de *El Duende*, aquel semanario agresivo que circuló osada y triunfalmente por Madrid breve tiempo. En su redacción asistió la atolondrada ofendida á banquetes pantagruélicos, donde la sobremesa era un campo de tiro en constante ejercicio. Allí se contó lo más íntimo, lo más hondo, lo más recóndito de la existencia de C***. ¡Increíble parece que el despecho lleve á tales extremos!

Por amor y sólo por amor, pudo perdonar C*** aquellas locas exaltaciones, porque jamás hombre alguno ha recibido más arrebatada prueba de pasión que él con aquel insensato descrédito.

XVI

ORO

MEDIABA Octubre de 1913 cuando se supo que la Fornarina se instalaba en un entresuelo de la calle de Castelló, en el ensanche de Salamanca. No se privó la artista de contar, con todo género de detalles, la elección de muebles, de alfombras, de cuadros... Habló de futuros *tés* íntimos, para literatos y pintores... Es indudable que soñaba con hacer famoso su salón; quizás para convertirlo en un centro de conspiración contra ciertos elementos. Consuelo refirió, ó por lo menos insinuó, todos sus planes.

En lo único que guardó impenetrable reserva fue en lo relativo á sus medios para la realización del programa.

Consuelo no era rica: guardaba pequeñas econo-

mías en el Credit Lyónés, algunas joyas valiosas... bien poco todo para lanzarse á una vida de relativa esplendidez.

Dijose que arriesgaba cuanto poseía para deslumbrar al objeto de su desasosiego. Llegóse á mentar el nombre de un personaje elevadísimo.

Mas ninguno de los supuestos era cierto.

El hecho, misterioso en apariencia, era absolutamente normal: un acaudalado caballero, enamorado y espléndido, había encarnado aquellas ideas sobre bienestar material y juventud relativa.

Por fin llegaba el amor práctico, la esplendidez sensata, la generosidad discreta, el rincón apacible... la corte de admiradores...

Faltaban tres días para que la triste peregrina trasladase sus equipajes desde el Hotel al coquetón entre-suelo de la calle de Castelló; preparábase ella para realizar á París un viaje de ida por vuelta, con objeto de "barrer" el ya solitario y poético nido de Godot Mauroy, cuando una tarde surgió en el magnífico *hall* del Palace la figura aplomada de C*** con su rostro atezado, sus grandes bigotes y sus negros ojos escrutadores.

No arrebatador, ni agresivo, sino grave, concentra-

do, como dominando sus ímpetus, cruzó breves palabras con la emocionada damita, tan breves, que fueron las estrictamente precisas para fijar una hora y un sitio.

El lugar: restaurant elegante de gente alegre, "Los Burgaleses"; hora: las diez de aquella noche.

.....

La cita fué de asombrosa puntualidad por ambas partes.

Al cerrarse tras los dos amantes la puerta del gabinete reservado, un abrazo indescriptible les unió. Las lágrimas destruyeron en aquel abrazo todos los recelos, todos los reproches, todas las venganzas...

.....

Aquella misma noche se pagaron las cuentas pendientes en Palace-Hotel, y al siguiente día partían los protagonistas para París.

Antes Consuelo había escrito una breve carta de excusa y despedida al caballeroso amparador á quien abandonaba.

Leyó éste aquella misiva, sin odio. Sintió un profundo dolor, pero se resignó á esperar. No era un ente vulgar, y sabía que no esperaba en vano.

Aquel invierno de 1913-1914 fué para los dos fugi-

tivos enamorados como una renovación de los ardores primeros. Sentía Consuelo, á pesar de todo, que se le escapaba de entre las manos aquel amor que era su vida, y aferrábase á él con ansias de náufrago, desesperadamente, poniendo en un encadenamiento interminable, furiosos espasmos sensuales y éxtasis de ensoñación.

No eran infundados sus recelos: la fatiga física se enlazó á la moral. Agotábanse los nervios y los recursos, y hasta la conversación. En el nido parisién de amor empezaron los cálculos del prosaico vivir. Hubo que pensar en contratos, en viajes...

Cuando en su vuelo de golondrina llegó á Madrid, en la primavera de 1914, traía Consuelo á su patria los últimos jirones que suelen quedar de los amores destrozados: tristezas y recuerdos.

Actuó en Apolo el 2 de Mayo, con aplausos que creyó tibios la cancionista. No lo eran; pero se lo habrían parecido igualmente los más entusiásticos.

En el Círculo de Bellas Artes también cantó la noche del 26 del mismo mes, ante un público más ambicioso de la hembra que admirador de la artista, y en modo alguno impresionado por el sufrimiento de la enamorada. Allí dió á conocer *El último cuplé*, can-

ción de sentida música, que la Fornarina impregnaba de una indescriptible poesía de desterrada.

La letrilla de la canción no es un modelo literario; pero como adaptación musical, ofrece especial valía, y en labios de la errante, llegaba al corazón de sus oyentes...

«Cuando salí de España y fui
loca á París, me sorprendí
ante aquella capital colosal,
y asustada al verme allí
no decía ni *oui*.

Si al campo fui
siempre creí
que hasta los bichos, al cantar,
no cantaban como siempre oí,
y pensando en volver decía así:
En mi país, en mi país
no habrá este lujo de París,
pero hay sol, hay luz y hay
cielo azul.

No se ve quién
no lo pase allí bien.

En mi país, en mi país
no habrá este lujo de París,
pero allí perfuma más la flor
y hasta el aire nos habla de amor.

¡Ay, Señor! ¡Ay, Señor!
Mi país es lo mejor.

Luego viajé, y mi *couplet*
por toda Europa paseé,
escuchando sin cesar,
al cantar,

el aplauso halagador
que premió mi labor.
Y al terminar de trabajar,
todas las noches sin faltar,
no dejaba nunca de enviar
muchos besos aquí,
diciendo así:
En mi país, en mi país,
lejos, muy lejos de París,
un rincón tendré
que cuidaré
para reposar
y el descanso buscar.
Y cuando, al fin, un día yo
como un juguete que pasó,
al olvido el público me dé;
cuando canté mi último *couplet*
en mi país, en mi país
y en mi Madrid le cantaré. «

Su cantar era ya un lamento; herida de muerte en su alma y en su cuerpo, tenía, no ya el capricho, sino la necesidad de aquel hogar, que meses antes había rehusado.

Caballeroso y amante, el aparente burlado seguía esperando, seguro de sí mismo... y del mundo.

Sentía la Fornarina ciertos escrúpulos para volver á él; pero la hidalguía del apasionado tendió un puente de flores entre ambos, tranquilizando el inquieto espíritu de la dolorosa.

Esta vez el vuelo fué más prolongado: la grácil tór-

tola anidó en un hotelito de los confines de la corte, entre una de sus escasas arboledas frondosas.

Exteriormente, con su diminuto jardinillo delantero, su limpia fachada escondida entre hojas, simbolizaba á la hermosísima mujer que en el apogeo de su belleza y de sus glorias, ocultábase fatigosa, huyendo del pasado, sin fuerzas para destruirlo por completo.

Aún cumplió algunos contratos en Valencia, Granada, Barcelona, Santander...

XVII

RECUERDOS

ERA en Septiembre de 1914.

La guerra europea con todo su horrible estruendo, conmovió corazones, inteligencias é intereses.

Consuelo, que se hallaba en San Sebastián, hubo de entrevistarse con C*** para resolver urgentes asuntos bien ajenos al amor. Aún había, sin embargo, en los tristes ojos de la madrileña, caricias pasionales para el indiferente, en aquellas charlas sobre fondos y operaciones de crédito. Apenas disimuló una lágrima al nombrar la casita de la calle Godot, que debía abandonarse antes del entonces temido asedio de París.

Un amigo de ambos amantes que había logrado un pasaporte para la capital francesa, se brindó á traer-

les en su rápida excursión los objetos de interés que guardasen en su pisito de París. C*** le encargó cierta valiosa prenda de vestir. Consuelo pidió que salvarse del probable bombardeo á "Tobías", aquel muñeco que ella popularizó en sus *tournées*, cantando *La Polichinela*, compañero mudo y glorioso de triunfos, símbolo en su mansedumbre de tantos y tantos mártires silenciosos que por el mundo ambulan.

Poco después, una imprescindible operación de banca, obligó á Consuelo á visitar París rápidamente en plena guerra. Vió el ajetreo de tropas; los entusiasmos patrióticos; percibió el zumbido de los aeroplanos alemanes, y contempló en la noche, con infantil curiosidad, el paso fantástico de los zeppelines enemigos sobre la apagada urbe...

Ya no estaba allí su amor, ni su nido era su nido, ni la multitud reparaba en su encantadora figulina.

Fué aquella su última visión de la gran ciudad, oprimida por la sorpresa, plegando indefensa sus alas.

Ya no debía ver más aquel paraíso de sus pasados triunfos.

.....

Empezaba el otoño de 1914 cuando la Fornarina hacía sus últimas obras de instalación en su madrileño.

hotelito de la calle de Salas, 4. Sin la amistad de Nati, truncada por pueriles motivos, había sentido la necesidad de otro afecto desinteresado cerca, y tenía junto á ella á Petrilla, su única hermana, especie de refugio postrero de su corazón.

Entonces, con trajín de hormiguita hacendosa, se consagró al hotel: veíasela en horas matinales recorriendo tiendas y almacenes en busca de muebles, de telas, de utensilios domésticos. Parecía obsesionada por la creación de un hogar: sus conversaciones todas coincidían siempre en un punto: su casita. *Quiero—decía á todas sus amistades—que no tenga el menor atisbo de cocotte; que sea un rincón burgués con tendencias artísticas. Nada de lujo estrepitoso, ni alardes de riqueza. Sencillez y buen gusto...*

En medio de este tráfago, alguien habló de nuevos relámpagos amorios, tan frecuentes como inexplicables en Consuelo; y más inexplicables aún en estos momentos de postración moral dentro de un bienestar ambicionado y conseguido. Llegóse á citar el nombre de un torero: el del beso de San Sebastián.

Fundadas ó no estas habladurías, ella prosiguió incansable la constitución del hotel. En los principios de habitarlo no supo poner freno á la hospitalidad, y

reinó en la casa cierto desorden, debido también á sus irregulares ausencias; pero luego el propio instinto de paz y reposo, envolvió lentamente el hotel en silencio, en placidez, en poesía.

Hasta el 16 de Abril de 1915 no volvió Consuelo á pisar la escena madrileña. En esta fecha tenía que cumplir con la empresa de Apolo el compromiso contraído la temporada anterior.

Por última vez la golondrina anunció la primavera en los madriles.

El público, tornadizo y superficial, la encontró menos espléndida que otras veces.

Y, sin embargo, jamás se presentó en escena más linda ni espiritual. Su sonrisa era francamente dolorosa.

Días antes le había dicho á Luis Antón del Olmet: *"Me siento fatigada y como en vísperas de una catástrofe..."*

La enfermedad ya no amagaba, sino que destruía implacable, voraz, todo el campo de invasión.

Muchos espectadores creyeron que la cancionista perdía facultades... No se equivocaban. Mas las perdía por efecto de la horrenda enfermedad.

El éxito no fué esta primavera tan espontáneo como en otros años.

La postrera noche de Apolo entonó *El último cuplé* como una lamentación de despedida. Fué el canto del cisne moribundo, frase hecha de exacta aplicación en este caso.

Un malestar extraño y nuevo la invadió esa noche; y ciertos dolores fulminantes y pasajeros cubrieron de mortal palidez el admirable rostro.

Días antes, al salir del Banco de España, pasó cerca de Consuelo, en un carruaje descubierto, una dama lujosamente vestida de negro. Su rostro de mujer crepuscular lánguidamente bella, ofrecía una extraña palidez, debida, sin duda, á la falta de carmín y vermellón en el maquillaje. Circundaban sus ojos negros dos nimbos obscurísimos de extraño contraste con la blancura pierrotesca del hermoso rostro.

La Fornarina no pudo menos de notar la bella y siniestra faz de la enlutada dama, y al sentir la punzante presión de su mirada, un ligero escalofrío conmovió el delicado cuerpo de la enferma.

Más tarde, entre sus amigas, refirió aquel encuentro, y sin duda no se le ocurrió mejor modo de expresar la sensación que le produjo, que diciendo entre supersticiosa y burlona: "*He visto á la Muerte haciendo conquistas en la calle de Alcalá...*"

Cuando Consuelo cayó en el lecho para no abandonarlo sino breves momentos, la enlutada pierrotesca apareciósele repetidas veces. Era una de tantas manifestaciones de sus presentimientos vacilantes: ora iluminados por la esperanza, ora ensombrecidos por la Implacable.

Los médicos, con severa firmeza, no sólo indicaron la gravedad del mal, sino que estimaron la operación tan peligrosa como imprescindible.

Aún se defendía del bisturí la hermosa hembra. Pasajeras mejorías animaban á ratos su espíritu, y todos los consejos del amor y de la amistad unidos, no bastaban para hacerla aceptar la intervención quirúrgica.

En su alcoba riente y elegante, tapizada con su color ahora predilecto, oro viejo; con amplia cama de metal, confortable chimenea, cómodo armario, espléndida luz filtrada por una ventana donde asomaban acariciadores los frondosos árboles del jardín... entablábanse dulces discusiones respecto á la temida intervención quirúrgica. Mas los ruegos eran sobrado tiernos; faltaba en ellos la energía y la decisión. Nadie osó advertir á la enferma que la muerte sería más exigente á cada día que transcurriera.

Consuelo sonreía siempre, pero no transigía.

De pronto, sintióse transformada; una savia confortadora pareció circular por sus venas. Abandonó el lecho, comió con apetito y anunció á la empresa de Apolo su propósito de reanudar la interrumpida serie de funciones.

Madrid cubrióse de carteles con gigantescas letras que decían:

“REAPARICIÓN DE LA FORNARINA.”

XVIII

HACIA EL FIN

ERA un martes de Mayo: el sol penetraba alegremente por la florida ventana de la alcoba, cuando Consuelo, con la doble emoción de artista que revive y de enferma que vence, saltó de su lecho y pidió sus acostumbradas coqueterías de tocador: baño, jabones, perfumes...

Como si su público de aquella noche de reaparición hubiese de penetrar en las intimidades de su cuerpo seductor, quería la artista presentarse limpia, pulida, fragante, como en sus días luminosos.

¡Ah, no podía suponer la ilusa que aquel coqueteo íntimo era un vil lazo que arteramente la tendían en eriminal complicidad su dolencia y la muerte.

Al salir del baño, hubo que acostar sin demora á la

enferma, febril y temblorosa. Desde este punto, el camino de la vida se hizo aprisa y sin descansos.

El doctor Cospedal no rogó ni trató de convencer: exigió la inmediata intervención del instrumental temido. No era sino cuestión de esperar el momento oportuno.

Un fibroma y varios quistes malignos habían, sin duda, transformado en tenebrosa caverna las entrañas de la adorable hembra. ¿Cuáles fueron las causas?... ¡Quién sabe! Excesos de su vida pasada; desviaciones de la naturaleza; predisposición nativa... Lo indudable es que la horrible dolencia adquirida en su primera juventud, constituía terreno abonado para cualquier enfermedad posteriormente.

Por fortuna, nada faltaba en aquel rincón postrero: ni inteligencia, ni cuidados, ni afectos, ni recursos. Su caballeroso protector último, hizo honor á su firma. No sólo amaba, sino que sabía amar.

Merced á él, no hubo en el poético hotelito apremios ni operaciones de crédito. Consuelo no fué nunca rica: ganó y gastó espléndida, aunque no despilfarradora. Sus joyas eran valiosas, pero con excepción de la que le regaló el American-Club, de París, de otras dos recibidas en Leipzig, y la adquirida con el pro-

ducto de la obra traducida por C***, las restantes no constituían una fortuna. Pero aun reunidas todas, en cualquier operación que se realizara con ellas, perderíase la mitad de su importe.

Evitóse todo apuro, por la generosidad del hidalgo enamorado, y Consuelo, entre los dolores de su mal y las pesadillas macabras, confiaba tranquila en el hombre que la ponía en condiciones de llamarse rica. Contaba con su renta soñada: ¡las dos mil pesetas mensuales!

No elevada, mas sí constante, la fiebre sumía á la enferma en relativo letargo. Pero cuando reaccionaba, y sus pupilas brillaban con aquella remota alegría de sus primeros triunfos, charlaba y hacía chistes, algunos relativos á su cercano fin.

Alabastrina la epidermis, como esos mármoles pulimentados con exceso; afilada su nariz al modo de las aristócratas inglesas de Lowrence; marfileñas las manos, lánguidos los movimientos, parecía, recostada en su lecho, una heroína de novela romántica, enferma por amor.

Un día, ya en Julio, el doctor creyó llegado el temido momento.

Eligióse el Sanatorio del Rosario, allá al final de la

calle del Príncipe de Vergara, apartado, sin ruidos en derredor, ni otra vecindad que la de algunos hoteles silenciosos y un inmenso convento mudo y sombrío.

Cuando se la condujo á la blanca y severa alcoba del Sanatorio, instaláronse junto á la enferma su hermana Petra, una amiga cariñosa y Nati, la inseparable de los días malos y buenos que, saltando por encima de infantiles resquemores, no quiso abandonar en el supremo trance á la que fué su compañera y bienhechora.

Consuelo charlaba con una parla de pajarillo inquieto, pasando de un asunto á otro rápida, ingeniosa, ocu- rrente; riendo á ratos como en sus años juveniles; encapotándose en otros con la negra nube de sus pre- sentimientos angustiosos. Alguna vez el recuerdo del ausente amor único venía á su memoria, pero sin anhelos abrasadores.

Entre los amigos, no numerosos, que la visitaban, no faltó el ensoñador de la Moncloa, perdonado de su comprometedora picardía...

Más de una vez las visitas tomaron en el Sanatorio aspecto de tertulias.

Las religiosas del establecimiento dejaban acariciar sus tocas por aquel ambiente de juventud y amor,

mientras purificábase entre agudezas y sentimentalismo el aire de clínica, con su olorcillo de drogas y las emanaciones de miseria y dolor.

En uno de esos animados instantes fué cuando preguntó con sonrisa enigmática, tal vez sincera, aunque parecía el disimulo del miedo, cuál era el más alegre camposanto de Madrid. Dijéronle el de San Isidro, por decir algo, pues jamás hubo en torno de un enfermo más amorosa muralla de confortadora ficción.

El doctor Cospedal, nunca esperanzado en este caso, pero forzado á ello, fijó las once del 14 de Julio para proceder á la operación. Faltaban aún dos días, que fueron de intranquilidad para la enfema, á pesar de su sonrisa y de su constante buen humor.

De ella partió el deseo de otorgar testamento. Fué propósito que comunicó sólo á su amparador.

Ya no bromeó sobre la muerte con ninguno de los presentes.

Á solas con Nati, hízola varias recomendaciones seriamente, como si de grave materia se tratara; que si moría, cuidase de lavar y perfumar su cuerpo; que la calzase con finas medias negras, mas no con zapatos...; luego, en un acceso de coquetería, que empolvase su rostro y lo colorease artificialmente, como

cuando salía á escena. Por último, la preguntó quedamente, con misterio, como si delinquiera, por el ausente... *¿Vendrá á verme?*—interrogó.

Cortó la conversación la entrada de Petrilla, con su padre, acompañados de una religiosa. Instantes después se la habló de Dios, de su radiante gloria... Consuelo, sonriendo con desfallecimiento, asintió á recibir auxilios religiosos, pero después de la operación, con más tranquilidad que entonces. Antes ¿para qué? si todos aseguraban que el trance no ofrecía peligro alguno...

El razonamiento no admitía réplica.

XIX

LA ÚLTIMA LUZ

Sonó la hora... Era el día espléndido; á pesar del calor, reinaba fresca penumbra dentro de la clínica. Por los ventanales de la sala de operaciones penetraba riente la luz solar, acariciando el cuerpo estatuario de Consuelo.

Cloroformizada fácilmente, al rajar el bisturí la marmórea epidermis y abrirse á los ojos del operador el misterio de la dolencia, no pudo menos el sabio doctor de hacer un gesto de sorpresa y desagrado. El mal había devorado con increíble ferocidad las entrañas de la víctima.

Durante dos interminables horas actuaron bisturís, pinzas, tijeras...

Cerca de las dos de la tarde, despertaba Consuelo

en su lecho del Sanatorio del horrible sueño. Sentíase asida á la vida por un tenue hilillo. Entre la invencible somnolencia y la sorda náusea del cloroformo, tardó bastantes horas en percatarse de la envoltura y del vendaje que cubrían la enorme herida.

Por la noche bromeó con el doctor, y, tarde ya, recibió algunas visitas; pero como no cedieran las molestias, prohibiósela toda fatiga de pensamiento y palabra.

Al siguiente día, 15, pareció que la luz matinal llegaba con un florido cortejo de esperanzas y venturas. Ni fiebre, ni malestar, ni siquiera dolores locales... Á medida que avanzaba el día sentíase más animosa la operada. Amigos leales, afectos hondos, y hasta el amor sentimental, rodeáronla aquella última tarde de su bienestar. Tranquila en absoluto, desechada toda idea pavorosa, con el completo convencimiento de nuevos días de gloria y dichas, habló serenamente de la ridiculez de sus temores, y recordó sus antiguos proyectos de ser incinerada si moría en París, ó embalsamada, si fallecía donde no existiera horno crematorio.

Entre sus contertulios, ni esta desaprensiva conversación ni el aspecto jovial de la enferma podían

contrarrestar la influencia del rostro severo del doctor y su reserva impenetrable.

No carecía de motivos la actitud del médico. En la mañana del 16 inicióse una ligera fiebre, que hizo pensar en una posible infección. Por la tarde cayó Consuelo en un profundo sopor.

La religiosa, que días antes hablola de Dios, recordó á la enferma lo prometido. Consuelo hizo con los ojos, aún reidores, un signo afirmativo. Recibió la visita de un sacerdote sin darse apenas cuenta de ello. Fué imposible oír su voz cristalina... El período agónico manifestóse entonces.

Y el reloj del Sanatorio daba las cuatro, cuando la que tanto amó hallaba la paz eterna en el divino amor.

INERTE

CUMPLIÓ Nati piadosamente las últimas voluntades de la muerta. Limpia y perfumada, sonriente, como en vida, vistiéronla el hábito de la Soledad.

Blancas tocas cubrieron aquella cabecita encantadora. Ellas ocultaron eternamente un secreto de excepcional coquetería femenil, que guardó siempre la Fornarina con precauciones infinitas. No he de romper yo ahora aquel misterio, justificado en toda hembra celosa de su hermosura. Sospéchelo, si quiere, el lector.

Encerrados, entre abundantes azucenas, los restos de la exquisita en un féretro de caoba con aplicaciones de plata, colocáronse en el depósito del Santuario.

Aquella noche dieron amorosa compañía al cadáver, el padre y hermanos de Consuelo, su amiga Nati y otra.

Á la una de la madrugada llegó á las puertas del silencioso Sanatorio, C***, acompañado de algunos amigos.

Llevaba el natural deseo de contemplar por última vez á la que fué ansia de sus ansias y realidad de muchos ensueños. Una inexplicable ofuscación de los allegados á Consuelo puso el veto á tal deseo en aquella hora suprema.

La noticia del fallecimiento de la gentil Fornarina circuló rápidamente por Madrid. De ahí que en la mañana del domingo, día 18, desfilaron ante el cadáver innumerables amigos y admiradores de la famosa cancionista.

Ya iban velándose las seductoras facciones... La materia cumplía rígidamente sus leyes inflexibles, matemáticas...

La única esquila funeraria publicada en la prensa (en *A B C*), señalaba la hora de las cinco para el sepelio de Consuelo Vello y Cano.

Á las tres de la tarde, las cercanías del Sanatorio estaban ocupadas por numeroso público.

Políticos, literatos y artistas mezclábanse con la gente del pueblo, en extraordinaria proporción.

Un magnífico coche-estufa con ocho caballos engualdrapados, recibió el féretro.

La organización del cortejo no fué breve; pero salvadas las primeras dificultades, se puso en marcha la comitiva por la Castellana, Recoletos, Alcalá, Puerta del Sol, Carretas, Atocha y Toledo, al cementerio de San Isidro.

Los coches del séquito, que cubrían en cuádruple fila todo el paseo de Recoletos, iban ocupados por artistas de todos los géneros, con abundante representación femenina.

Numerosas coronas de amigos, empresas y sociedades, llenaban un carruaje que seguía al funerario, y en torno y detrás de éste, un grupo nutridísimo de gentes del pueblo, en su mayoría protegidas de la caritativa Consuelo.

Cuando la comitiva llegó al cementerio, hallábase ya invadido por una multitud que casi impedía el acceso al patio de la Concepción, en cuya sepultura privilegiada número 14, debía enterrarse el cadáver.

Ya las primeras sombras de la noche esfumaban las

siluetas de cipreses y sepulcros, cuando la losa de
blanca piedra ocultaba al mundo los restos de la que
fué mujer tan linda como inteligente, tan frágil como
caritativa, tan ensoñadora como peligrosa...

Madrid, Septiembre, 1915.

FIN

PARTIDA DE NACIMIENTO DE LA FORNARINA

EN la Villa y Corte de Madrid, provincia de su nombre, diócesis de Toledo, á primero de Junio de mil ochocientos ochenta y cuatro, yo, B. Eduardo Briones y Ruiz, Bachiller en Sagrada Teología y Derecho Canónico, Capellán Párroco del Décimocuarto Tercio de la Guardia Civil, encargado en el primero y de la Dirección general del Cuerpo, bauticé solemnemente en la iglesia parroquial de San Luis de la misma, á una niña que nació el día veintisiete del próximo pasado mes de Mayo, á las once de la mañana, en la calle de Areneros, 12, entresuelo; hija legítima del guardia de la tercera compañía del Décimocuarto Tercio, Laureano Vello Álvarez, natural de Destri, provincia de Orense, y de Benita Cano Rodríguez,

que lo es del Toboso, provincia de Toledo; siendo sus abuelos paternos D. Enemesio (sic) y D.^a Prudencia, naturales de Villanueva de los Infantes, provincia de Orense, y los maternos Natalio y Atanasia, de Toboso y Corral de Almadén, naturales, respectivamente, y ambos en la antedicha provincia de Toledo. Se le puso por nombre *María del Consuelo*, y fueron sus padrinos Manuel Calvo Rodríguez, soltero, y Marta Comón y Sánchez, soltera, á quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones contraídas, siendo testigos el guardia del mismo Tercio Rafael Calderón Expósito y el sacristán de la mencionada parroquia, Angel Garrido. Y por ser verdad, lo firmo en Madrid, fecha ut supra.—Br. Eduardo Briones, rubricado.—(*Libro de Bautismos, volumen 877, folio 21 vuelto del Vicariato general Castrense.*)

PARTIDA DE DEFUNCIÓN DE LA FORNARINA

EN la Villa de Madrid, á las once y treinta del día diez y ocho de Julio de mil novecientos quince, ante el Sr. D. Humberto Llorente y Regidor, Juez municipal suplente del distrito de Buenavista, de la misma, y D. Alfredo del Castillo y Romero, secretario suplente, compareció D. Manuel Martínez y Domínguez, natural de esta Corte, mayor de edad, casado, jornalero, domiciliado en la calle de Lagasca, núm. 44, según cédula de 11.^a clase, que exhibe y recoge, manifestando que D.^a Consuelo Vello y Cano, natural de esta Corte, de treinta años, soltera, falleció en la calle del Príncipe de Vergara, núm. 19, Sanatorio del Rosario, á las diez y seis de ayer, á consecuencia de ovario-salpingitis supurada, bilateral, miomas uterinos, septi-

cecia después de operada por laparotomía abdominal, de lo cual daban parte autorizado en forma. En vista de esta manifestación y de las certificaciones facultativas presentadas, el señor Juez dispuso se extendiese este acta, consignándose las circunstancias siguientes: Que era hija de D. Laureano y D.^a Benita, difunta; que ignora si hizo testamento y que á su cadáver se le había de dar sepultura en el cementerio de San Isidro. Presenciaron esta inscripción los testigos D. Mariano Raposo y Lucas, natural de Durón, provincia de Guadalajara, casado, empleado, domiciliado en la calle de Pelayo, núm. 69, y D. Antonio Casal y Jiménez-Moreno, natural de Madrid, soltero, empleado, domiciliado en la del Barco, núm. 18. Leída este acta y hallándola conforme, se sella y firman con el señor Juez.—Certifico.—Hay un sello.—Humberto Llorente.—Manuel Martínez.—Mariano Raposo.—Antonino Casal.—Alfredo del Castillo.

(Madrid.—Juzgado Municipal del distrito de Buenavista.—Libro 140 de defunciones.—Folio 169 vuelto.—Registro Civil.)

LA PRENSA MADRILEÑA
EN LA MUERTE DE LA FORNARINA

(FRAGMENTOS)

LA Fornarina ha muerto.

Su asimilación, en un principio perfecta, se avaloró luego con la originalidad de un temperamento que poco á poco fué revelándose y puliéndose hasta constituir un tipo propio, exclusivo, radiante de distinción y exquisita malicia, en el que en vano pretenden inspirarse mil forzadas que en mal hora repudiaron los menesteres domésticos á que les adscribe el sexo.

(*Heraldo de Madrid.*—17 Julio 1915.)

MUJER hermosa y mujer inteligente, supo realizar el milagro de su transformación, asimilándose rápidamente un medio social que nadie hubiera pensado que podía corresponderle. Su arte fué exquisito, aristocrático, delicado, completamente reñido con la plebeyez y la grosería imperante en los tablados que pisaba. Con la Fornarina muere la única cupletista española que comprendió su arte y halló el matiz sutil, ingrávido, de esta forma banal decadente. Fué madrileña y pareció exótica. Paseó en triunfo la Europa y no dejó de ser nunca española. Su vida ha sido una bella paradoja, mantenida por dos fuerzas igualmente avasalladoras: el capricho y la belleza.

(*El Mundo.*—18 Julio 1915.)

HA muerto en plena juventud, en plena belleza, en pleno éxito. Había llegado en estos años al apogeo de su arte. Arte suyo, peculiar, personificado, era el de la infortunada Consuelito. *Tournées* dilatadas, talento intuitivo, facultades de asimilación, refinaron bajo otros cielos lo que ella llevara siempre en sí misma, como propio caudal: la delicadeza, el *esprit*, el matiz...

Desde el primer día, desde el primer acento de su primera canción, la Fornarina fué una cosa aparte entre las cupletistas; fué el oro sobre los falsos metales, lo aristocrático sobre lo plebeyo. La estrofa más quebradiza, más peligrosa de insinuación, dicha por ella, se mecía en un claroscuro que permitía la pincelada de rosa, pero no se enunciaba con el verde subido ni con el rojo escandaloso. Exquisita en la dicción, mimosa en las inflexiones, su voz acariciaba, su voz era siempre aterciopelada y dulce.

Exhalaba toda su figura —en la palabra, en el ademán, en las pupilas— un efluvio atrayente: esa fuerza sugestiva, dominadora, de la mujer bonita que es entrañablemente femenina. Y como belleza era un tipo ejemplar de perfección y armonía.

Si entre el público gozaba de generales simpatías, entre sus amistades fué siempre sinceramente estimada, porque su generosidad y sus sentimientos compasivos se manifestaban sin regateos ante la aflicción ó la adversidad de compañeras y amigas. Seguramente que ha llevado á la tumba el secreto de limosnas, de dádivas, que gustaba de realizar con la mayor reserva.

(A B C.—18 Julio 1915.)

No se podía creer. Hemos esperado ansiosamente á que la noticia cruel se desmintiera. Hemos esperado sin esperanza. Porque ha muerto, se ha ido definitivamente, de un modo arbitrario y trágico, cruento y pavoroso. Ella tan femenina, tan encantadora, la que era verso, risa y canción galante, pájaro de oro y luz, ha quedado lívida, ensangrentada, recosida, entre las cuatro paredes blancas, frías, desoladas, del Sanatorio...

Se ha ido silenciosamente, como en una pantomima y la tierra negra y húmeda devorará su carne celeste y perfumada.

¡Todos los espíritus nuestros, de los que sentimos aún la poesía, de los románticos, habían sentido la intranquilidad amable de desear sus amores!

¡Era tan linda! ¡Tan bonita era!

¡Cantaba tan bien! ¡Tenía tanta alma!

Presidia con un derecho propio, incontestable, el monopolio del cuplé elegante, de la belleza no igualada, del favor constante de todos los públicos; su vida fué una serie de triunfos.

Muchos años pasarán; los cabellos plateados nos tornarán escépticos y odiosos, pero siempre como una reliquia, como un perfume, el recuerdo de la Fornarina nos hará sonreír primero, ensombrecer los pensamientos después.

—¡La más hermosa mujer de nuestros tiempos!—exclamaremos.

(*El Parlamentario*.—18 Julio 1915.)

No era solamente Consuelo Fornarina una artista de la canción bella, elegante y risueña; era una artista por temperamento, por finura espiritual, que hacía de ella una de las mujeres más inteligentes y más sutiles que hemos conocido.

(*La Tribuna*.—19 Julio 1915).

LOS AMIGOS DE TODOS

POR ANTONIO ZOZAYA

PRESTA la muerte de una tonadillera genial y simpática ancho campo á la divagación, en lo que se refiere á la psicología de los afectos. Al saber la desgracia poblaciones enteras han experimentado sincero pesar; aun quien, como el que estas palabras escribe, no la vió nunca (como no vió á *Gue-rrita*, ni á *Machaquito*, ni á los *Gallos*, ni á Belmonte, ni á Pepita Sevilla, ni á Raquel Meller, ni á *La Goya*, ni á *Las Argentinas*, ni á la *Chelito*), siente un dejo de franca tristeza. El contraste entre la apoteosis en plena juventud y la muerte es bastante enérgico y sombrío para no conmover á todo ser dotado de sensibilidad.

Cicerón, en su diálogo *Lelius sive amicitia*, olvidó hablar

de las amistades colectivas. El orador latino, como Jenofonte y como Montaigne, no comprendieron la amistad si no entre dos personas, de que son modelo Pilades y Orestes. Todavía un sabio malogrado, González Serrano, negaba este afecto entre personas de sexo diferente. Jouffroi fué tal vez el primero que, derivando la amistad de la sociabilidad, halló justificación á la amistad colectiva. Así fuimos amigos de Consuelo Vello, sin conocerla, y lamentamos su desgracia. No fué amiga nuestra, pero fué buena amiga de todos.

Supo alegrar la vida y hacerlo con distinción y gusto exquisito; y es más difícil de lo que parece. Cuando fué enterrado Zorrilla el bueno, centenares de miles de personas, muchas de las cuales desconocían por completo sus obras—aun el Tenorio—, bajaron por los desmontes de las puertas de Segovia y Toledo, en desordenada avalancha, para ver pasar el cortejo humildísimo. Parecía aquél un entierro como otro cualquiera; pero todo el mundo se descubría y en casi todas las pupilas asomaban las lágrimas. Zorrilla era el amigo de todos. ¿Qué importaba conocerle ó no? Hay una misteriosa corriente que se transmite por el amor de unos á otros seres, á modo de fenómeno telepático. Quien ama de veras y *sabe amar* siempre es correspondido. Sabedlo, amantes desdeñados: Pierrot es un imbécil.

La Fornarina se hizo amar; su figura arrogante y su faz bellísima, que todos hemos admirado en fotografía, su elegancia suprema, su decir correcto, insinuante y en extremo hábil para sortear las más ocultas sirtes, su juventud, su inteligencia extraordinaria, su nombre y aun su mote mismo, evocador de un Renacimiento de amor y gloria, todo en ella

fué atracción y belleza. Pero, además, prodigó á los públicos su sonrisa, no enigmática, sino franca y benevolente; no grosera, sino plena de armonía y de distinción; no agresiva y mortificante, sino piadosa y resignada. ¡Adiós, mujer sublime y misteriosa, llena de inspiración y de gracia, á quien jamás he visto y ya nunca veré!

*
*
*

Crisipo no es amigo de todos, como no lo es Platón ni acertó á serlo Euclides; pero lo es Marco Aurelio. Newton, fué sólo amigo de los sabios; Miguel Ángel, de los artistas; Carlo Magno, de los poderosos; Dante Alighieri, de los literatos; Carlos V, de los monarcas; Santo Tomás, de los creyentes; Savonarola, de los escépticos; Shakespeare, de los apasionados; Maquiavelo, de los poderosos; Kempis, de los humildes; Cervantes, de la Humanidad. El pueblo que no comprendió á Goethe y olvidó á Bonaparte caído, fué el amigo sincero de Beranger. Ser amigo de uno ó de muchos es fácil á los buenos y sencillísimo á los astutos. Ser amigo de todos es privilegio de ciertos seres, *quasi divum imago*, cuya alma se ha formado con todos los átomos sensibles y cuya inteligencia se integra con todos los afectos, sentimientos, penas y regocijos infinitamente pequeños.

Y eso era la gentil Fornarina; era *el pueblo que aspira á más*; pero no á mayor bienestar económico, como los egoístas y ciegos rebaños de Kropotkine, sino á más intuición, á más exquisitez, á más puro ambiente aristocrática, á más

ancho espacio esmerilado estético. Muchas mujeres nacen princesas, Consuelo se hizo lavando colchas de ganchillo. El lavadero, funesto á las heroínas de Emilio Zola, fué para ella antesala de las más suntuosas y pulcras estancias. Sentía el deseo de lo bello abstracto y desinteresado. Colocada en un trono, hubiera sido acaso Isabel de Hungría; encerrada en un claustro, hubiera escrito las altivas estancias de Sor Juana Inés. Hubiera tenido siempre el gesto magno, la palabra subyugadora, el ademán augusto, la cautivadora sonrisa; era Su Majestad la muchedumbre hecha carne que, como en la eterna narcisiana fábula, se miraba al espejo, se reconocía y se amaba.

Y por eso tenía su corte de fanáticos, como Corazón de León, y de sometidos, como Malborough; pero, además tenía, como Edmundo D'Amicis, *los amigos desconocidos*, que sabían de sus canciones y de sus gustos próceres y de sus atractivos, tanto más subyugantes cuanto eran para ellos algo ignorado é hiperbólico, como los vapores azulados de la leyenda.

Y el clamor de los públicos se contagiaba á esos amigos devotos é inconscientes que soñaban con la reencarnación de la romántica panadera de Urbino y, desconociendo á medias la letra, conocían la triste ironía, el piadoso y dulce desencanto, la comprensión indulgente y total de los hombres y de las cosas, que ella sola prestaba á las aventuras del pobre *Don Procopio*, en París.

Y todos, que son uno, lloran la desaparición de la mujer emblema, de la alada figulina riente, de la tanagra palpitante, de la hija espiritual de Berlín que, para gozar, se ha

marchado más allá de las aguas del insondable y obscuro Leteo.

¿Qué hay que hacer para ser amigo de todos? No es escribir cien libros, porque en ellos puede haber parcialidad; no es labrar cien estatuas, porque en ellas puede faltar el espíritu vivificador de la enterrada en Milo; no es dominar á muchos hombres, porque unos gemirán por ser dominados y los otros por ser perseguidos; no es servir á la verdad, porque podemos equivocarnos; ni á la belleza, porque es fácil cegarnos; ni á la justicia, porque podemos confundirnos. No basta completar las tres cosas, porque nuestros semejantes verán solamente en nosotros un monstruo, incomprendible para su magnitud, si nos equivocamos; para su pequeñez, si los sobrepujamos en grandeza é idealidad. Es ser de carne y tener élitros; es andar por la tierra y hacer ver que se tienen alas, como el pájaro de Víctor Hugo; es saber todas las miserias, todas las prosas y todas las tristezas y debilidades de los hombres y tender encima un vapor azulado y espolvorear sobre ellas el polen de oro temblador de las mariposas. Es saber encerrar en una canción la piedra suprema, en un gesto la helénica gracia, en una palabra la comprensión total, y luego de haber hecho sentir el espasmo estético y de subyugar á los oyentes y de dar vida plástica á la encarnación de lo humano, que sabe ser divino, y luego de haber sido deseada como mujer y reverenciada idolátricamente como diosa, sabe decir: — Amigos míos: yo no soy nadie, no encarno nada; soy una hembra débil, agobiada y enferma que os canta *el último couplet*.

Queremos cada cual ser amigo de todos, y á veces no lo

somos de nadie, porque nos falta el estro, la inspiración, el numen, el *no sé qué* que acompaña á aquellos á quienes juzgamos muy por bajo de nuestro nivel. Y experimentamos muy honda amargura al ver que se tributan á una cantadora los honores que nunca alcanzaremos, sin ver que ella supo ser amiga de todos, pensar en todos, en tanto que nosotros apenas si hemos acertado á pensar sino en nosotros mismos.

Duerme en paz, bella y gentil artista de lo humano, que pintaste en el ancho azul, que cincelaste en carne, que esculpiste en deseos é inquietudes, que llevaste al tablado la universal comedia. No tengo flores en mis manos y no puedo echar sobre tu sepulcro sino el dorado grano de polvo que, al arrojarlo tú sobre las cabezas de todos, me ha correspondido de tu amistad.

(*Mundo Gráfico*.—28 Julio 1915.)

INDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA	7

PRÓLOGO

LO QUE FUÉ Y SIGNIFICÓ LA FORNARINA	11
---	----

CUESTA ARRIBA

I.—LOS DÍAS REMOTOS	19
II.—EN ESCENA	23
III.—AMOR	29
IV.—LOS PRIMEROS VUELOS	39
V.—PULIMENTÁNDOSE	57

LA CUMBRE

VI.—CONSAGRACIÓN	65
VII.—LA FORTUNA QUE PASA	79
VIII.—EL RETORNO DE LAS GOLONDRINAS	89
IX.—EL REY	93

	Páginas.
X.—REVOLOTEANDO POR ESPAÑA	95
XI.—DEVANEOS Y CUPLÉS	105
XII.—EL AÑO TRISTE	119

ELLA

XIII.—EN INTIMIDAD	131
XIV.—LA CARNE	145
XV.—DESASOSIEGO	153
XVI.—ORO	165
XVII.—RECUERDOS	173
XVIII.—HACIA EL FIN	181
XIX.—LA ÚLTIMA LUZ	187
XX.—INERTE	191

APÉNDICES

PARTIDA DE NACIMIENTO DE LA FORNARINA	197
PARTIDA DE DEFUNCIÓN DE LA FORNARINA	199
LA PRENSA MADRILEÑA EN LA MUERTE DE LA FORNARINA (FRAGMENTOS)	203

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE JUAN PUEYO
EN MADRID
EL DÍA 13 DE NOVIEMBRE
DE 1915

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

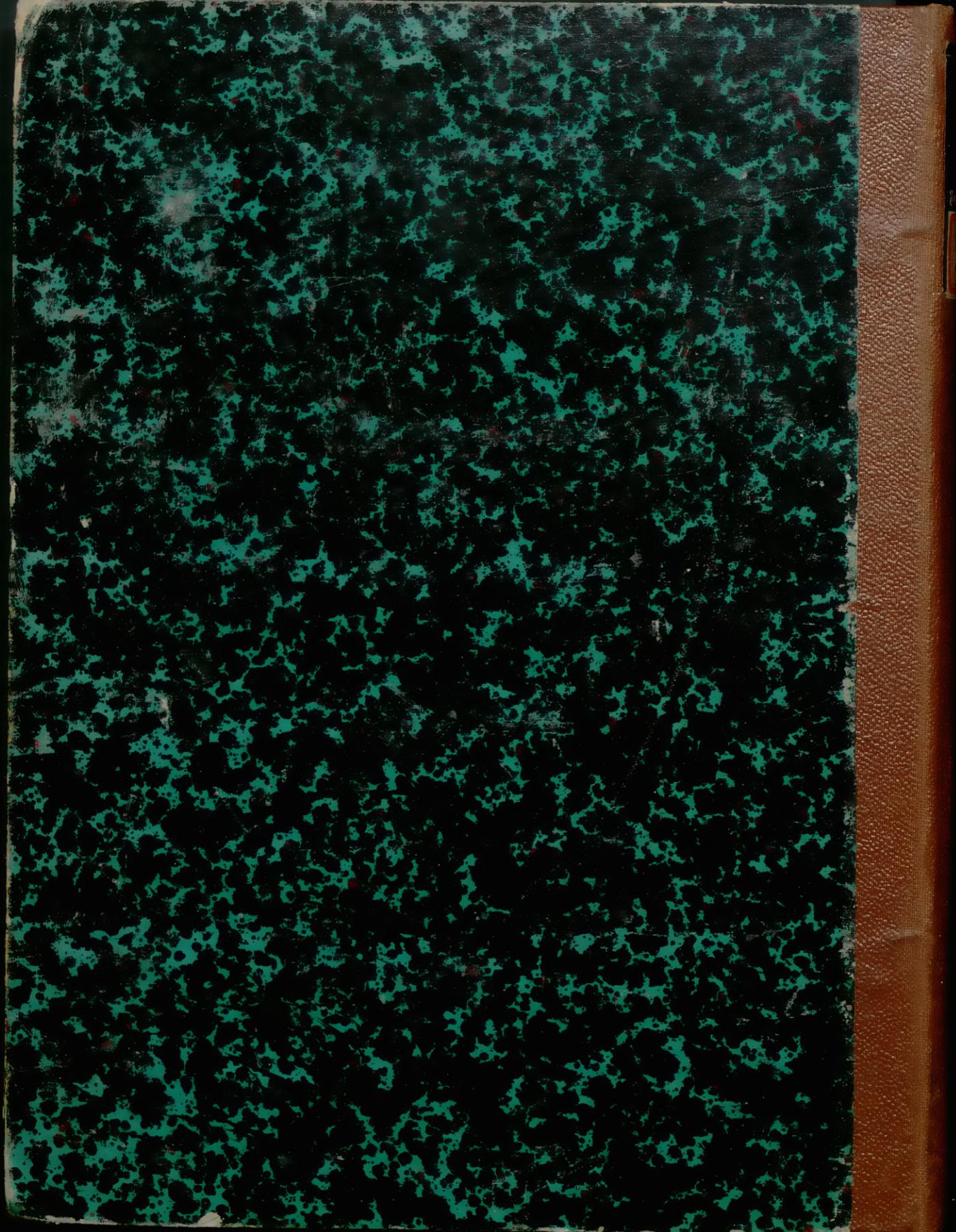
Pesetas.

Número.. 2654 Precio de la obra.....

Estante.. 61 Precio de adquisición.....

Tabla.... 1 Valoración actual.....

Número de tomos... ..



1.1.1.

FORNARINA

2654.